

# REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIX

San José, Costa Rica

1934

Sábado 25 de Agosto

Núm. 8

Año XVI. No. 696

## SUMARIO

Carlos Marx y la acción del proletariado (1)	M. P. Alberti	A mi turpial	Magón
César Borgia y el nacionalsocialismo	N. Maquiavelo	El Estado es una necesidad y no una dramaturgia	Juan del Camino
Una página memorable	Ogier Pretecelle	El autócrata	Rómulo Tovar
Madame Curie	Luis Calvo	Poesías inéditas	Hernán Zamora Elizondo
El hombre en Wells		Libros y autores	
La autobiografía de H. C. Wells		A Lorenzo Riber, sobre una epístola de Horacio	Pedro Mourlane Michelena

## Carlos Marx y la acción del proletariado

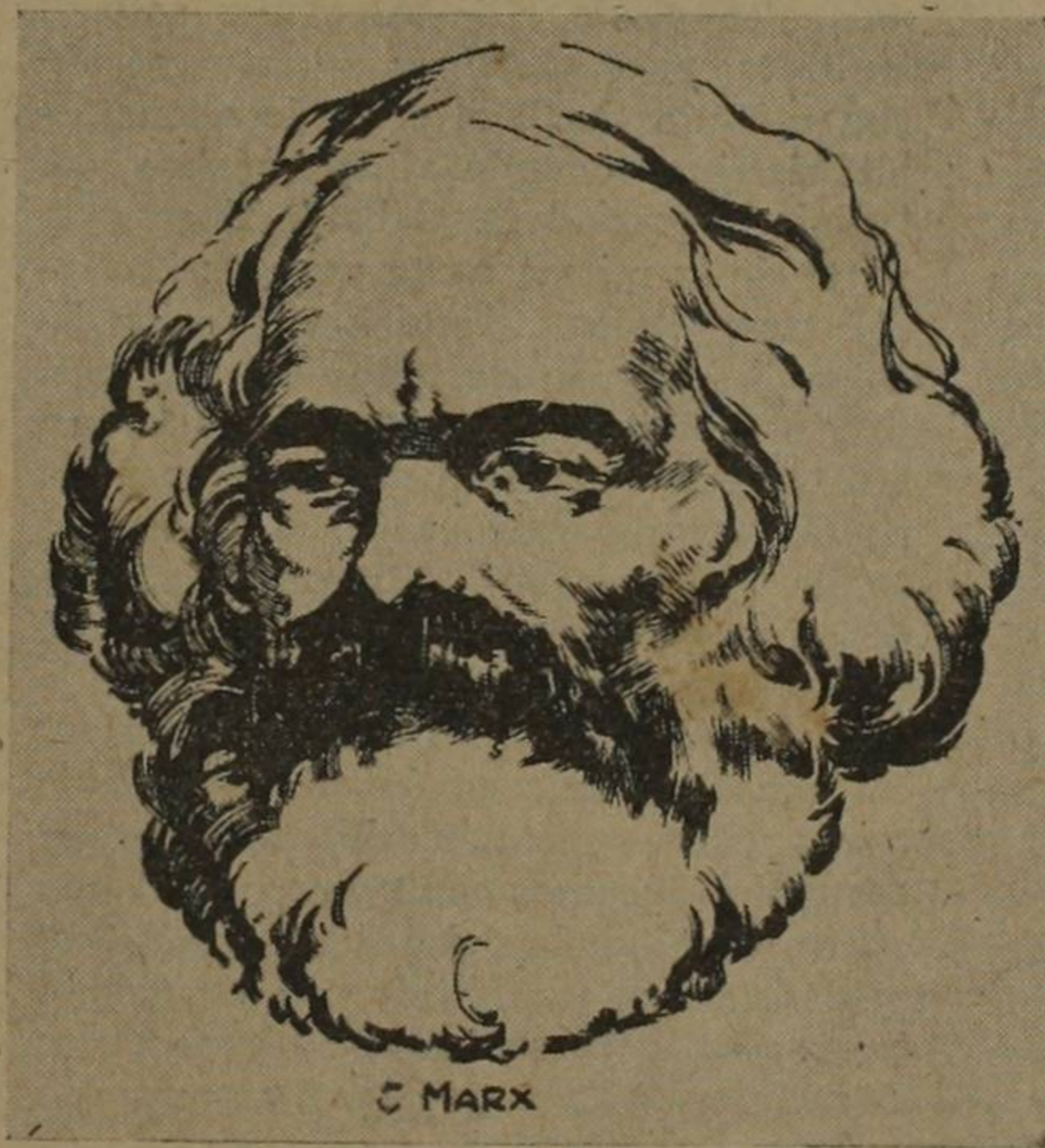
Por M. P. ALBERTI

= De *Cursos y Conferencias*, excelente revista del Colegio Libre de Estudios Superiores.—Buenos Aires =

Cuando Marx abandonó el 17 de marzo de 1843 el cargo de principal redactor de la "Gaceta Renana", hubiera sido imposible adivinar la significación que su nombre alcanzaría en el transcurso del tiempo. Quiso mantener en la redacción de la "Gaceta" la honestidad intelectual que ya era su norma y que no abandonó jamás en su larga vida de estudioso, y esta actitud apresuró su alejamiento.

Su posición en la "Gaceta Renana" se tornó muy pronto incómoda. Fundada por la burguesía renana, que quería tener su propio periódico, la acechaba sin descanso la censura, que poco atenuaba la disposición de sus fundadores a transigir con sus dictados. El impulso lo daban los redactores, entre los cuales figuraba Marx, y esto es lo que no pasaba inadvertido a la censura. "El censor admira grandemente a este brillante e inteligente publicista que elude hábilmente la censura, pero continúa denunciándole, y ahora no a la redacción sino al grupo de accionistas que subvencionan el periódico". Marx no modera sus opiniones y la Gaceta es sometida a doble censura. "Durante este período de agonía, en capilla ya, tenemos doble censura—escribía Marx a Ruge. Nuestro censor, un hombre honorable, está bajo la censura de von Gerlach, presidente del gobierno del Rin, un mentecato sin más virtud que la obediencia pasiva. Una vez compuesto el periódico hay que presentarlo a la nariz policíaca para que lo huelga, y si venta en él algo que no parezca cristiano el periódico no sale a la calle".

Comienzan los accionistas por inquietarse e insisten ante Marx para que sea más prudente a fin de evitar cuestiones desagradables. "Marx prueba que toda tentativa de moderación no conducirá a nada, que el gobierno no reducirá su intransigencia". Finalmente entrega su renuncia, casi satisfecho de la ocasión que se le presenta para abandonar el trabajo periodístico, en el cual es tan



difícil eludir el riesgo de la improvisación, y vuelve a su gabinete de trabajo.

Con la renuncia de Marx, el censor informó a Berlín que podía tolerar sin miedo alguno la aparición del periódico, lo que significa un gran elogio para Marx; pero ni siquiera así pudo subsistir la Gaceta mucho tiempo.

De los trabajos de Marx en la Gaceta se destacan, según él mismo lo ha dicho, los que dedicó a la situación de los campesinos de Mosela y a los debates sobre el librecambio y la protección, que lo llevaron a ocuparse de cuestiones económicas. Pero lo más significativo de esa época para el pensamiento de Marx que nosotros estudiamos, es su primer contacto con el comunismo. Algo de esto había rozado la Gaceta, aunque débilmente, al hacerse eco, por mediación de Moisés Hess—también redactor principal—del socialismo y del comunismo franceses. En esta ocasión Marx intervino en la polémica que se suscitó con un periódico reaccionario, pero hubo de confesar, con la probidad científica que lo caracterizaba, que sus estudios ante-

rios no le permitían dar el menor juicio sobre el contenido de esas tendencias francesas, pero al mismo tiempo protestaba contra la ignorancia que permitía resolver cuestiones de tal trascendencia sin ninguna seriedad.

Moisés Hess parece ser el primero que vió en el comunismo el desarrollo lógico de la filosofía hegeliana y el que en 1842 inició a Engels en él. Pero ni Moisés Hess ni Carlos Grün comprendieron acertadamente el socialismo francés, por cuanto para ellos no era la expresión literaria de una lucha económica de clases, sino una especulación ideológica sobre la naturaleza humana. Más que a su verdadero contenido, se asieron a las artificiosas construcciones sociales del utopismo, pero no se detuvieron a considerar su crítica implacable de la sociedad burguesa, tan celebrada más tarde por Engels en lo que respecta a Fourier. Se interesaron mucho más por los errores filosóficos de Proudhón que por sus investigaciones económicas. Años después Carlos Grün trató de iniciar a Proudhón en los misterios de la filosofía hegeliana, lo que hizo decir a Marx, (que también discutió largamente con Proudhón) que Grün tenía sobre él "la ventaja de no entender nada de lo que enseñaba".

La preparación de Marx y el ambiente en que se había formado lo libraban de caer en los extravíos de Grün y de Hess. Nunca fué utopista. Tempranamente se habían insinuado en él los vestigios de su orientación futura y no pasaron muchos años sin que se confirmara la promesa incipiente. En unas notas de colegial sobre la elección de profesión, manifestaba que los jóvenes no pueden escogerla libremente porque la predeterminan sus condiciones de nacimiento y el ambiente en el cual van creciendo, los cuales influyen, en un sentido general, sobre su misma concepción del mundo. Y si bien no se debe atri-

buir demasiada importancia a estas notas, hay en ellas cierta coincidencia con lo expresado por Feuerbach cuando dice que "no se piensa lo mismo en un palacio que en una choza" y "conténtate con el mundo dado".

Hemos dicho que Carlos Marx abandonó la Gaceta casi regocijado de dejar el periodismo para pasar al gabinete de estudio. Pero esto de pasar al gabinete de estudio no es más que aparente, sobre todo si con ello se quiere entender la ruptura con la agitación y con la lucha. Desde temprano también existía en Marx la tendencia a vincular la teoría con la acción, el estudio con la polémica, tendencia que más tarde aparece unida íntimamente en todas sus obras. Por eso cuando expresa que no conoce el comunismo, pero que si el comunismo ha asumido la defensa de los oprimidos no puede ser combatido con tanta ligereza y que antes de condenarlo es necesario tener conocimiento completo y exacto de esa corriente, y tras esto abandona la Gaceta, enseguida se encuentra en relaciones con Arnoldo Ruge, que está ocupado en proyectos periodísticos. De sus relaciones con Ruge en esta época nace el plan de los "Anales franco-alemanes", que determinaron publicar en París, porque así se lograría, según Ruge, la "alianza intelectual entre alemanes y franceses". Se escribe alguna correspondencia a propósito de los preparativos para iniciar esta publicación. En las cartas de esta época, hacia fines de 1843, ya hay en Marx serias manifestaciones de su preocupación por la economía política. "El sistema del beneficio y del comercio, de la propiedad privada y de la explotación del hombre—escribía a Ruge—conducen más rápidamente que el aumento de la población a un desgarramiento en el seno de la sociedad actual, desgarramiento que el viejo sistema es incapaz de reparar, porque ni crea ni repara, sino que existe y goza solamente".

Antes de trasladarse a París, Marx ha realizado lecturas extensas y provechosas sobre los problemas sociales. Riazánof ha dicho que cuando Marx entró en la Gaceta era demócrata liberal, aunque un demócrata que se interesa por todos los asuntos económicos fundamentales vinculados con la vida social. Si cuando abandonó la Gaceta no era aún comunista, pero le interesaba el comunismo como tendencia, como filosofía concreta, ahora está vinculado a él por algo más que por motivos sentimentales. Se sabe que entonces leyó a economistas como Smith y Ricardo, a sociólogos como Saint-Simón y Augusto Comte y que estudió sobre todo la historia de la revolución francesa. Las cartas cambiadas en ese tiempo con Ruge demuestran que Marx se va irguiendo por encima del utopismo, que está pronto a superarlo y a formular su propia concepción.

Se distingue el utopismo por sus sistemas perfectos, pero irrealizables, y por su apelación a la moral y a la justicia

para lograr sus aspiraciones. Los utopistas no se paran tanto a considerar la posibilidad histórica de sus propósitos como a destacar la justicia que los fundamenta, sin reparar en que la idea de justicia se ha formado en la misma sociedad que combaten con tanto acierto a veces, y en que no puede ser la orientadora de una transformación social, porque jamás estado social alguno se ha fundado sobre las ideas morales.

Aunque muchos de sus conceptos están todavía en formación, las ideas que contiene la carta de Marx escrita en Creuznach en setiembre de 1843 superan ya el punto de vista utópico. Al referirse a la necesidad de obrar sobre sus contemporáneos y especialmente sobre los alemanes, Marx se pregunta cómo lo lograrán. "Dos hechos son innegables—responde—: que la religión, primero, y la política, después, son los dos asuntos que interesan en el más alto grado a la Alemania actual. Se trata, pues, de ligar nuestra acción con esos dos hechos, y no de oponerles un sistema completo del género del "Viaje a Icaria" de Cabet". Y en otra parte de la misma carta agrega: "Hasta el presente los filósofos tenían en su cajón la solución de todos los enigmas, y el estúpido mundo exotérico no tenía más que abrir la boca para que cayeran en ella las palomas asadas. La filosofía se ha secularizado, y la mejor prueba de ello está en que el conocimiento filosófico ha penetrado en el seno de la lucha dolorosa, y no sólo en apariencia, sino de modo profundo. Si no queremos, pues, **construir arbitrariamente el porvenir**, debemos entregarnos a una crítica despiadada del orden actual; despiadada en el sentido de que no deberá retroceder ante sus propias consecuencias lógicas ni ante los conflictos con los poderes existentes. Por eso no soy partidario de elevar una bandera dogmática". Y estas otras frases que anticipan magistralmente la dirección de su pensamiento social: "No nos presentamos ante el mundo como doctrinarios, enarbolando un nuevo principio: "Aquí está la verdad, ¡arrodíllate!" No hacemos más que extraer nuevos principios de los principios mismos del mundo. No le decimos: "Renuncia a tus luchas que no son más que estupideces; pero he aquí cuál es la verdadera palabra de orden de la lucha". No hacemos más que mostrarle por qué lucha de hecho, e inyectarle su conocimiento, quiéralo o no".

Con esta orientación, Marx marcha ya con paso seguro hacia el comunismo y por consiguiente hacia la acción organizada; acaso se ve que todavía lleva en sus flancos la huella de las disputas filosóficas, pero ya atenuada y sin peligro de que encalle en ella la concepción general del mundo que Marx va forjando incesantemente. Acaso se advierta por eso que estos preliminares de su posición se aproximan más a la filosofía que a la economía; pero no se olvide que Engels dirá, años después que "nosotros—los socialistas alemanes—nos enorgu-

llecemos de descender no sólo de Saint-Simón, Owen y Fourier, sino también de Kant, Fichte y Hegel. El movimiento obrero alemán—agregaba—es el heredero de la filosofía clásica alemana".

Marx no llegó a su concepción de súbito y sin las gradaciones que impone el conocimiento científico, sino por una esforzada labor intelectual en la cual es fácil advertir el ascenso progresivo. Nunca procedió por adivinación ni improvisadamente; y cuando años más tarde refería en una carta a Engels su permanencia diaria en la Biblioteca del Museo Británico, agregaba que "los simples democráticos, a quienes les viene la inspiración "de lo alto", no necesitan imponerse semejantes esfuerzos. ¿Para qué van a torturarse esos hombres afortunados con el estudio de los materiales económicos e históricos? ¿Es todo tan sencillo!, como solía decirme aquel pobre diablo de Willich".

La solidez de sus ideas le debe mucho indudablemente a esa formación metódica, sin adivinaciones instintivas y sin anticipaciones aventuradas. La marcha no es lenta, sin embargo, ni ha sido emprendida sin audacia, pero el paso siempre firme, sin revelaciones sensacionales y pronto extinguidas, cumple aquella condición que Goethe advertía en lo que sobrevive; y en esta marcha progresiva llega muy pronto a las páginas de impresionante seguridad del **Manifiesto Comunista**.

En noviembre de 1843 Marx está en París para comenzar con Ruge la edición de los "Anales franco-alemanes". La alianza entre ambos no durará mucho tiempo. A pesar de sus aparentes decisiones, Ruge tiene alma de filisteo, y en política se conformaría con un liberalismo candoroso. Los "Anales" creveron contar con algunos colaboradores franceses, pero en el único número doble que se publicó sólo aparecen firmas alemanas. El fogoso Lamennais les respondió que aguardaba la aparición de la revista antes de colaborar; el poeta Lamartine desmintió públicamente que él se hubiera comprometido a colaborar con Lamennais—el herético—en la revista de los señores Marx y Ruge. Pero la más malvada—dice Mehring—fué la conducta de Luis Blanc, precursor de la conocida conducta de los socialistas en los conflictos extremos entre la burguesía y el proletariado. Toda la sordidez del espíritu reformista, todo el miedo a lo grande y el apego a las nonadas, siempre temerosos de adelantar demasiado, va están en el Luis Blanc del 1843, el mismo que durante la Comuna se quedó en Versalles. En la "Revue independante" Blanc se congratulaba de que la juventud alemana comenzara a volver su atención hacia la práctica de la vida; pero consideraba necesario moderar su ardor, porque el ateísmo en filosofía conduce a la anarquía en política. Criticó a los jóvenes alemanes por ser secuaces del materialismo francés de Diderot, d'Holbach y de la Enciclopedia, porque así daban un paso atrás de un siglo, y ampulosa-

mente los conjuraba: "Pensad que Rousseau es el representante de la democracia, que se funda en la unión y en el amor fraternal. Pensad que la misma mano que nos dió el Contrato social escribía también la Profesión de fe del vicario saboyano".

Dos estudios fundamentales publicó Marx en los "Anales franco-alemanes": "Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel" y "El problema judío". En la **Crítica de la filosofía del derecho** aborda el problema fundamental de la revolución comunista, la cuestión de saber cuál será el agente de esta transformación profunda y en virtud de qué causas intervendrá y llevará la acción hasta las últimas consecuencias. Era un problema nuevo, en cierto modo, sobre todo por la precisión y claridad con que Marx lo planteaba. La lucha de clases no es un descubrimiento suyo, y el mismo Marx lo reconoce expresamente, pero su carácter histórico y la fuerza que lleva en sí permanecían inadvertidos para los revolucionarios anteriores a él. Para los utopistas las oposiciones de clase más eran motivo de congoja que factor dinámico en la evolución social, y no consideraban este conflicto como la emanación de un estado económico transitorio, sino que lo achacaban a la absurda organización social alejada de la razón. De este modo, no aspiraban a la emancipación de una clase—el proletariado—sino a la emancipación de la humanidad, a la que querían dotar de una Constitución perfecta.

Conocedor profundo de la historia e imbuido de la idea de que todo es transitorio y especialmente la constitución social, Marx supera enseguida el punto de vista ingenuo de los que abrazan el conjunto de la humanidad, pero demuestra también que el proletariado la emancipará totalmente. Sus consideraciones se refieren a Alemania, pero tienen valor universal.

—"¿Cuál es—dice—la verdadera posibilidad de la emancipación alemana? He aquí nuestra respuesta. Hay que formar una clase con cadenas radicales, una clase de la sociedad burguesa que no sea una clase de la sociedad burguesa, una clase que sea la disolución de todas las clases, una clase que tenga carácter universal por sus padecimientos universales y que no reivindique un derecho particular, porque no se la ha hecho víctima de un engaño particular, sino de un engaño en sí; una esfera que no pueda atenerse a un título histórico, sino simplemente humano, que no esté en oposición particular con las consecuencias, sino en oposición general con todas las suposiciones del sistema político alemán; una esfera, en fin, que no pueda emanciparse sin emancipar a todas las otras. La descomposición de la sociedad como clase particular es el proletariado".

"Cuando el proletariado anuncia la disolución del orden social actual, no hace más que anunciar el secreto de su propia existencia, pues él mismo consti-

*Quiere Ud. buena Cerveza?...*

Tome **"Selecta"**

*No hay nada más agradable  
ni más delicioso.*

*Es un producto "Traube"*

tuye la disolución efectiva de este orden social. Cuando reclama la negación de la propiedad privada, no hace más que establecer en principio de la sociedad lo que la sociedad ha establecido en principio del proletariado, lo que éste, sin su intervención, personifica ya como resultado negativo de la sociedad".

Esta transcripción denuncia que Marx no está libre todavía de la jerga filosófica alemana, pero evidencia también que ha llegado a conclusiones de orden económico que iluminan el origen de los conflictos sociales; habla de clase que al emanciparse emancipará a la sociedad, pero no por propósitos ideales sino porque es la clase que está colocada en último término y su liberación comporta la de la inmensa mayoría; que esta emancipación no se producirá por motivos de justicia ni en procura de establecer un orden social perfecto, sino porque sus condiciones intrínsecas ya están dadas en la situación del proletariado, que establece los principios de la revolución sobre las bases reales de la existencia social.

Casi de un golpe el utopismo quedaba herido de muerte; no sólo porque Marx veía ya claramente que la división de la sociedad en clases dependía del modo de producción y de apropiación y era por consiguiente de origen histórico y económico, sino porque además advertía en el proletariado el elemento activo para la lucha por su propia emancipación. El utopismo observaba muy bien que la miseria estaba acumulada en una parte de la sociedad y en otra la opulencia, hecho que hacía residir en la organización imperfecta, y antes apelaba a las clases ricas que a las pobres para remediar situación tan deplorable. La revolución francesa, sin embargo, ya había demostrado suficientemente que las clases actúan según su posición económica y nunca por el impulso ideal de emancipar a la humanidad, aunque una clase en lucha se arroge a veces ese privilegio y crea de veras encarnarlo.

Emancipada de la sociedad feudal que la había gestado, la burguesía llevaba en sus flancos al proletariado, incipiente en aquel régimen, pero rápidamente

desarrollado con el predominio cada vez más avasallador de la burguesía y como producto genuino de la gran industria. Opresores y oprimidos han existido en todas las épocas—salvo en la comunidad primitiva, dice Engels más tarde—pero la relación entre unos y otros ha variado en las distintas épocas, hasta llegar a la moderna, en la cual el proletariado es producto típico de la sociedad capitalista.

Más realista que los pensadores burgueses del siglo XVIII y mejor nutrido de conocimientos históricos, Marx no plantea la emancipación fantástica de la humanidad, sino la de esta clase, el proletariado, nueva por sus características claramente delineadas por el progreso técnico, pero sin olvidar que como capa inferior, la liberación del proletariado equivale a la emancipación total, a la abolición de las clases.

¿Cómo se realizará su emancipación? ¿Bastará la acción, a veces estrepitosa, a veces pausada, de la evolución económica? Admítese sin ninguna duda que los cambios económicos son irreprimibles y que sus transformaciones afluyen a la superficie y provocan las revoluciones políticas y sociales. No hay que olvidar, sin embargo, que las revoluciones se producen entre los hombres e impulsadas por la acción que éstos se ven forzados a ejercer para satisfacer sus necesidades. De elementales al comienzo, éstas se tornan cada vez más conscientes, más inteligentemente sentidas, de suerte que los hombres son cada día más los agentes activos de su propia historia. Historia de la lucha de clases hasta el presente, con otros conflictos, con distintas relaciones, aunque siempre caracterizada por la existencia de dominadores y dominados, hasta desembocar en el gran drama, tan vigorosamente trazado por Marx, de la lucha final entre explotadores y explotados.

¿Podía Marx dejar librada a las fuerzas naturales la transformación social que sostenía? No.

En la "Crítica de la filosofía del derecho de Hegel" Marx no se limita, por eso, a enunciar teóricamente el problema y a reclamar la crítica implacable,

sino que llega a incitar a la acción con estas palabras inconfundibles: "Es evidente que el arma de la crítica no puede reemplazar la crítica de las armas; la fuerza material no puede ser abatida más que por la fuerza material". Y como un anticipo de la influencia que luego alcanzará su doctrina, agrega que "la teoría se trasmuta también en fuerza material cuando penetra en las masas".

Expulsado de Francia en 1845, Marx se instala en Bruselas y comienza en seguida, con Engels, los trabajos para crear la primera organización comunista. Su estancia en París le ha sido provechosa; si llegó con entusiasmo por la obra de Proudhon y deseoso de conocerla totalmente, se aleja convencido de la incapacidad del implacable polemista para comprender la evolución económica, pues "en vez de considerar las categorías económicas—dirá más tarde Marx—como expresión teórica de relaciones históricas de producción, que corresponden a determinado grado del desarrollo de la producción material, su imaginación las transforma en ideas eternas, preexistentes a toda realidad, y de este modo, por un viraje, se encuentra de nuevo en el punto de partida, en el punto de vista de la economía burguesa".

Pero en París se había vinculado, lo mismo que Engels, con los círculos de obreros alemanes y en ellos había dado algunas conferencias. Desde 1836 los obreros alemanes que vivían en el extranjero estaban organizados en la Liga de los justos, cuya dirección residía en Londres desde 1840. El programa de la Liga no satisfacía a Marx; éste llevaba a los asuntos sociales su preparación metódica y su comprensión aguda. En la Liga había obreros inteligentes y luchadores esforzados, pero faltaba la cabeza capaz de abrazar la complejidad de los hechos históricos y sociales y de dar una dirección a la lucha, asentada en las bases firmísimas de la evolución económica. Sin esta comprensión—lo dirá Marx más tarde—la acción de la clase obrera puede ser heroica, pero ineficaz, porque si bien el movimiento social no se funda en una doctrina, ésta lo esclarece y en tal virtud arrastra a la acción a los que llegan a adquirir conciencia de su posición y de la necesidad de la lucha. La cabeza capaz de comprender ese proceso y de proclamar la dirección conveniente era la de Carlos Marx y para ello lo capacitaba, como dice Werner Sombart, la circunstancia de unir "al conocimiento de la más alta forma de la filosofía histórica de su época el conocimiento de la más elevada forma de la vida social contemporánea". La experiencia le enseñó luego que más de una vez sus convicciones científicas estarían en pugna con el pensamiento de dirigentes sin preparación y sin doctrina.

Respecto de la Liga de los justos Marx y Engels procedieron, como de costumbre, sin ambages. "Publicamos al mismo tiempo—refiere Marx diez años después—varios folletos impresos y litografía-

dos en los cuales sometíamos a una crítica despiadada aquella mezcolanza de socialismo o comunismo franco-inglés y de filosofía alemana, que constituía por entonces la doctrina secreta del grupo; proclamamos el análisis científico y profundo de la estructura económica de la sociedad burguesa como la única base posible, y explicamos en forma popular que no se trata de implantar un sistema utópico cualquiera, sino de participar, con conciencia propia, en el proceso histórico de transformación de la sociedad que se estaba desarrollando ante nuestros ojos". A la eficacia de esta campaña teórica atribuye Marx el hecho de que la Liga enviara a uno de sus miembros—el relojero Moll (1)—para invitarnos a él y a Engels a ingresar en ella, pues la organización aceptaba sus puntos de vista. Aunque de esa campaña de que habla Marx sólo se conoce, según Mehring, una circular dirigida contra Kriege, merecen destacarse algunos de los conceptos que ella contiene porque demuestran una repugnancia muy especial del gran socialista. Se dice en la circular aludida que Kriege mistifica el verdadero desarrollo histórico del comunismo en los distintos países de Europa, y que quiere representar sus orígenes y progresos de modo fabuloso y romántico, como obra de las inconsistentes intrigas de esa secta, y difunde toda suerte de fantasías megalómanas acerca de sus virtudes. Antes se ha motejado a Kriege de "profeta y emisario de una secta", y esto es lo que revela el aspecto de Marx que quiero señalar brevemente. Amigos y enemigos de Marx lo han llamado muchas veces profeta: aquéllos para enaltecerlo y éstos para denigrarlo, pero con opuestas intenciones unos y otros lo desfiguraban igualmente.

(1) En esto seguimos el relato de Mehring, pero Riazánof dice, y parece verosímil, que Moll no fué a Bruselas como delegado de la Liga de los justos sino en nombre del Comité de Corresponsales de Londres para llevar un informe sobre la situación de la sociedad londinense. La oficina de corresponsales había sido fundada por Marx y Engels en Bruselas luego de la expulsión del primero de París en 1845. Esta investigación tan prolija de Riazánof demuestra que la actividad práctica de Marx y por consiguiente su acción en pro de la organización política del proletariado comenzó antes de lo que generalmente se supone.

Nadie estaba más lejos que él de la función de profeta y menos de suponer que el movimiento social habría de fundarse dogmáticamente en sus doctrinas. No desconocía la importancia que ellas tenían, y alguna vez dijo, en los años postreros que dejaba "a la clase obrera una base teórica suficientemente firme y ancha para que le sirva de punto de apoyo en su organización futura y de arsenal de donde saque las armas necesarias para luchar con la burguesía". "Yo no soy marxista", se cuenta que dijo en cierta ocasión. La explicación coherente de esta frase, que así adquiere sentido profundo, sólo la encuentro en Antonio Labriola, uno de sus intérpretes más finos y cultos. Con ella el gran pensador habría significado que jamás puede fundarse partido alguno sobre una doctrina, "y el marxismo es una doctrina", agrega Labriola. Dejó sobre todo un método. Previó aproximadamente la dirección de la evolución social porque se fundaba, sin ninguna clase de perturbaciones, en el análisis de la base económica, en la técnica y en su repercusión en la sociedad. Previsión científica simplemente realizada con talento extraordinario; pero fuera de este margen que la ciencia concede y que el pensamiento genial puede ampliar considerablemente, Marx no intentó jamás profetizar (2). Por eso el marxismo no es un dogma; teoría revolucionaria por excelencia, rebajarla hasta él es lo mejor que puede hacerse para perjudicar el nombre de este pensador apasionado, pero no arbitrario. Recuérdese, si no, las páginas magníficas de "Miseria de la filosofía" y especialmente el final de la Segunda observación del capítulo "La metafísica de la economía política": "Hay un movimiento continuo de acrecentamiento de las fuerzas productivas, de destrucción de las relaciones sociales, de formación de las ideas: lo único que hay inmutable es la abstracción del movimiento: mors immortalis".

(Concluirá en la entrega próxima)

(2) En el libro de Carlos Kautsky "El camino del poder", traducción de M. P. Alberti y H. B. Delio, edición «Claridad», hay un excelente capítulo sobre este asunto de las profecías en las luchas políticas y sociales.

*In angello cum libello — Kempis.—*

**En un rinconcito, con un librito,**

*un buen cigarro y una copa de*

**Anís Imperial**

*suave - delicioso - sin igual*

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

# César Borgia y el nacionalsocialismo

= De Luz. Madrid =

El campo de los "condottieri" en Sinigaglia.—La tienda de campaña del Consejo de los jefes.—Alrededor de una gran mesa están sentados Vitellozo, Vitelli, Oliverotto da Fermo, el señor Pagolo Orsini, el duque de Gravina, capitanes de aventureros.

**Gravina.**—¡Haya paz! ¡No nos querellemos! ¡Todos hemos tenido razón y todos nos hemos equivocado! ¡Yo, el primero! ¡Hubiera habido que prender a César cuando le teníamos en Imola, y matarle! Pero dividirnos ahora sería una falta aún mayor.

**Pagolo.** (Dando un puñetazo en la mesa).—Y yo, yo, os digo que nada está ni siquiera comprometido. ¡Válgame Dios! ¡Mandamos a diez mil hombres y no son algunas pobres lanzas las que metan miedo a un hombre de mi linaje!

**Oliverotto.**—Soy de la misma opinión; yo ocupo la vanguardia con mi compañía, quinientos caballos y mil arqueros. ¡Que se atreva a pulsarme el Borgia; será recibido gloriosamente!

**Vitellozzo.**—¡Basta ya de baladronadas! La verdad pura es que no hemos hecho nada de lo que habíamos pensado. ¡César está vivo y debía a estas horas estar pudriéndose a seis pies bajo tierra! Hemos hablado en vez de hacer y el enemigo se ríe de nosotros. ¡Los florentinos ni siquiera nos han contestado! ¡Por mi parte, os lo declaro, veo muy mal el porvenir!

**Pagolo.**—¿Quieres que sea franco? ¡Me revientas con tus jeremiadas! ¡Cuando los aventureros tienen la coraza en la espalda y la espada al flanco, esos aires llorones son para dar lástima!

**Vitellozzo.** (Se levanta y marcha con agitación a través de la sala levantando los brazos).

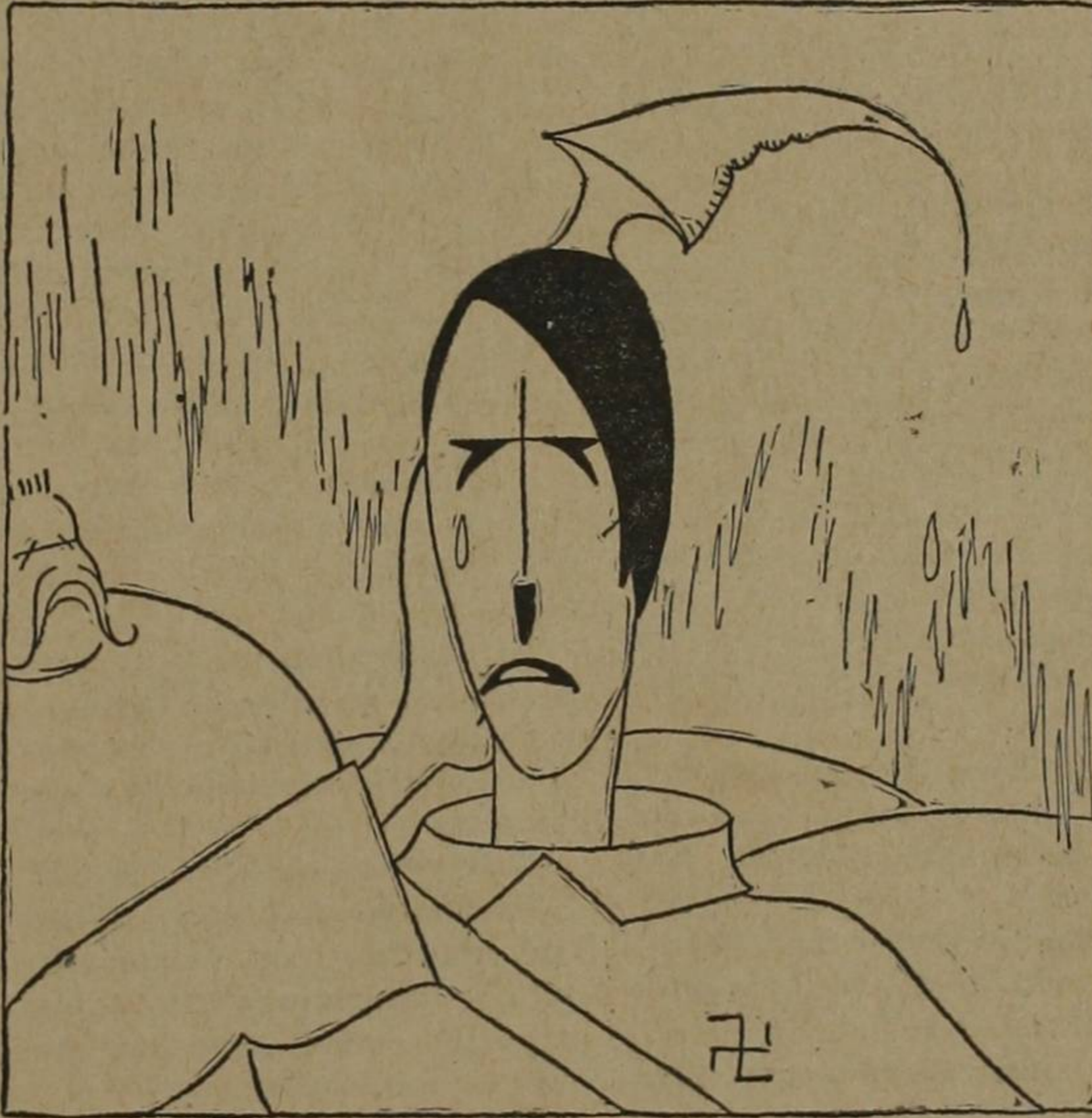
¡Por Dios, qué ciegos son los hombres!... ¡Qué frenesí nos ha dado para arrojarnos tan alegremente en una empresa tan mal combinada!

**Oliverotto.**—¡Bah! ¡Nada más razonable ni aun más necesario! Estamos a sueldo de César Borgia, es verdad..., pero los amos verdaderos somos nosotros. ¡No, yo no le permito que se dé aires de olvidarlo, y ved que pretende

Según cuenta el telégrafo, algún panegirista de Hitler ha llegado a decir que la última represión nacional-socialista es un acto sin precedente en la Historia. Como precedentes sí los tiene este acto, y tan numerosos que sería imposible contarlos, pero desde luego uno de ellos acude enseguida a la memoria por la identidad del caso, aunque en menores proporciones: el de la "represión" efectuada en Sinigaglia por César Borgia para desembarazarse de sus "condottieri" o jefes de tropas de asalto. Maquiavelo lo cita como ejemplo.

No faltó en el caso de Sinigaglia ni la potencia extranjera, que fué Florencia; ni la figura como Goebbels o Goering, que fué don Miguel; ni la razón de estado, que también la tenía César Borgia, precursor de la unidad italiana.

Publicamos aquí unos trozos de las escenas históricas de "El Renacimiento", en las que el conde de Gobineau evoca la acción de Sinigaglia.



EL DICTADOR QUE RABIO, por Bagaría

Hitler.—¡Ay de mí, ay de mí!  
Si acabaré llorando, yo que siempre reí.

## Una página memorable de Maquiavelo

Descripción del modo cómo el duque de Valentinois se arregló para matar a Vitellozzo Vitelli, a Oliverotto de Fermo, al señor de Pagolo y al duque de Gravina Orsini.

= Sacada del libro *Escritos políticos e históricos* de Nicolás Maquiavelo. Traducidos y ordenados por Francisco Méndez de Sanabria. Barcelona. Librería de Toledano López & Co. =

Había vuelto el duque de Valentinois de Lombardía, a donde fuera a excusarse con el rey Luis de Francia de varias calumnias que le levantaron los florentinos por la rebelión de Arezzo y de otras tierras de la Val de Chiana; y estaba en Imola preparando a su gente para acometer a Juan Bentivogli, tirano de Bolonia, porque quería apoderarse de dicha ciudad y hacerla cabeza de su ducado de Romaña. Sabido lo cual por los Vitelli y los Orsini y sus amigos, les pareció que el duque adquiriría demasiado poder, y que era de temer que una vez ocupada Bolonia quisiese matarles para quedar único árbitro de Italia. Y para tratar de ello celebraron en Magione, en territorio de Perusa, una dieta, a la que concurrieron el cardenal Pagolo y el duque de Gravina Orsini, Vitellozzo Vitelli, Oliverotto de Fermo, Giampagolo Baglioni, tirano de Perusa, y micer Antonio de Nenfro, representante de Pandolfo Petrucci, señor de Siena. Se discutió de la grandeza del duque, de su valor y de que era preciso poner freno a su ambición, pues de otro modo corrían peligro todos. Y acordaron no abandonar a

(Pasa a la página siguiente)

echárselas de soberano! ¡Vamos!

**Pagolo.**—Es lo que yo digo. Hablas como un obispo, Oliverotto. ¡Dinero y placer para nuestros hombres, placer y dinero para nosotros, y el diablo para todos! ¡Los capitanes de aventura no deben buscar, querer y tolerar más que un régimen así!

**Oliverotto.**—Y hemos tenido mil ocasiones de enfadarnos viendo a ese Borgia buscar su interés y no el nuestro...

**Pagolo.**—...; Se ha atrevido a hacerme las más inconvenientes amenazas por el incendio de una aldea! ¡Un César Borgia! Un hombre de la nada, un mozo de cuerda...

(Entra el oficial).

**El oficial.**—Excelencias, el capitán Don Miguel llega del campo de César Borgia. Quisiera ser recibido...

**Pagolo.**—¡Hombre! ¿Miguel? ¿Miguelito? Es un buen muchacho.

**Vitellozzo.**—¡Sí, la condenada alma de su amo!

(Miguel entra y saluda uno a uno a los cuatro capitanes).

**Miguel.**—¡Buenos días, ilustres señores, mis buenos, mis excelentes señores! Estoy encantado de encontraros a todos tan bien.

**Los capitanes.**—¡Gracias, Don Miguel! Tú también estás bien, a lo que parece.

**Don Miguel.**—¡Ah, muy atormentado, os lo juro! Desde que vosotros y él parecéis no entenderos el señor está triste y nos hace pasar una vida muy melancólica.

**Pagolo.**—¡Que la peste ahogue a tu señor! ¡Es un hombre sin fe!

**Don Miguel.**—Bueno, ¿y qué más?

**Pagolo.**—¿No es verdad que quiere echárselas de déspota y que cuando se haya convertido en tal con nuestro concurso tendremos en contra a todas las potencias de Europa y por adversario al mismo que, debiéndonos todo, hará su paz a costa nuestra?

**Don Miguel.**—Como no he venido aquí para dormiros con ilusiones ni responder en el aire incriminaciones imaginadas, pongamos orden en nuestros discursos. Señor Pagolo, comenzando por ti, ¿qué significan tus quejas? ¿No se te paga regularmente tu sueldo

y hasta antes de las fechas fijadas?

**Pagolo.**—Yo...

**Don Miguel.**—Perdóname, mi querido Pagolo! Responderás en seguida lo que quieras, todo lo que quieras y tan largo como te conveniga, pero tenéis que saber antes con quién tratáis en mi persona; es preciso que me explique. ¡Ah, yo soy un hombre franco, sincero, leal, recto, sencillo y sin ambages! Os lo juro por la amistad verdadera que tengo con vosotros y por mi salvación eterna. ¿Por qué iré a deciros tal o cual cosa que no sea rigurosamente exacta? Tened confianza en mí los cuatro y dejadme hablaros con el corazón en la mano. No, Pagolo, no, compañero; el duque no te ha hecho el menor daño; al contrario, te ha mimado y honrado singularmente, y lo mismo ha hecho con la casa Orsini y la casa Vitelli.

Soy quizá demasiado sincero y os ruego en todo caso que no repitáis mis palabras al duque. Quede en secreto entre nosotros. Es perfectamente exacto lo que os afirmo. ¡No queremos ni buscamos otros amigos que vosotros! Porque si os fuera a decir todo lo que sé os diría que hablará de venir un tiempo en que tendremos que romper con los florentinos, aunque estemos con ellos en la hora presente.

**Los cuatro capitanes a la vez.**—¿Qué nos estás contando! ¿Estáis de acuerdo con los florentinos? ¿Estás seguro?

**Don Miguel.**—¡Hombre! Uno de sus secretarios, Nicolás Maquiavelo, se halla en este momento con el duque.

Por él nos hemos enterado de vuestras proposiciones de alianza a los florentinos. Estos han enviado al duque vuestras cartas y ofrecen dinero y tropas.

En este caso quedaríamos a merced de los extranjeros... Además, lo que habéis hecho no ha enfadado tanto al duque como os entretenéis en creerlo... Volved a nosotros Se os tienden los brazos.

#### OTRA ESCENA EN SINIGAGLIA

A cierta distancia, al fondo, la puerta de la ciudad, ocupada por los soldados de los aventureros. Escuadrones dispuestos a la batalla con Oliverotto al frente y sus oficiales. Delante, la tropa de Cé-

Para todo dolor  
**ASPIRINA**  
el producto de confianza

BAYER

sar Borgia, inferior en número a las compañías de "condottieri", colocadas a la derecha; el duque, Maquiavelo, el señor De Candalle, Baltasar Castiglione, D. Miguel, D. Ugo, Marcantonio da Fano, Leinolo, Mgr. d'Allegri y otros capitanes; todos a caballo.

**El duque.**—¡Miguel!

**Don Miguel.**—¡Señor!

**El duque.**—Coloca tu caballo aquí, al lado del mío. Acerca la cabeza... ¡Escucha! Mira nuestros aventureros, que se acercan. Cuando yo les haya hablado, dos de vosotros os colocaréis al lado de cada uno de sus hombres..., con el fin de dispensarles el honor debido. ¿Me oyes? Y no los abandonaréis.

**Don Miguel.**—No, señor.

**El duque.**—¿Qué es eso? ¿Se ha quedado detrás Oliverotto?

**Don Miguel.**—Sí, alteza. Está ahí abajo, a la cabeza de sus bandas.

**El duque.**—Vete por nuestra espalda dando un rodeo, te unes a Oliverotto y, a toda costa, lo traes. ¡A toda costa! ¿Me entiendes y me respondes de él?

**Don Miguel.**—Pero, señor...

**El duque.**—¿Es que no me comprendes? ¡Me respondes de él! ¡No pierdas el tiempo; ve en seguida!

(Don Miguel parte al galope. Los capitanes se aproximan y saludan).

**El duque.**—¡Sed bien venidos, amigos míos! Gracias al cielo, ya no habrá más discordias entre nosotros. Tendría que reprenderos algo por vuestro aturdimiento. ¡Vuestra mano, duque de Gravina! ¡Buenos días, Vitellozzo! ¡Buenos días, Pagolo! Aproximaos. Nunca me siento bastante cerca de vosotros. Mi fuerza está en las lanzas de mis aventureros.

**Gravina.**—Hemos pecado, señor, olvidando cuáles eran vuestros sentimientos. Sabremos reparar nuestras faltas con nuestros servicios.

**El duque.**—Con ello cuento. (A los cortesanos).

Señores, agrupaos alrededor de nuestros huéspedes, y si estimáis mi amistad, tratad de conseguir la de ellos.

(Los caballeros, advertidos por don Miguel, rodean a los tres capitanes; llega Oliverotto con D. Miguel).

¡Eh!, señor Oliverotto, ¿dónde estabais?

**Oliverotto.** (Un poco pálido).—Monseñor, estaba cumpliendo con mi deber; no hubiera deseado que cualquier traición de las gentes del castillo pudiese enturbiar esta hermosa jornada.

**El duque.**—Cuando se es franco, no se teme al engaño, y yo no temo a nadie. Dadme la mano. He olvidado lo ocurrido.

**Oliverotto.**—Gracias, señor.

**El duque.**—Hablando mientras marchábamos, hemos llegado a mi alojamiento. ¡Os debo uno muy agradable, señores capitanes!

**Gravina.**—¿Quisiéramos daros mil otros más bellos, alteza!

**El duque.**—No faltarán ocasiones de realizar esa promesa. Echemos pie a tierra y entremos en la casa.

(El duque, los aventureros y todo el acompañamiento descienden de los caballos. Gran tumulto).

¡Qué ruido! Orden, señores. No os apresuréis de este modo. Señor De Candalle, una palabra, por favor.

(Se separan del grupo y hablan).

¿Continúan vuestros guerreros a caballo?

**Señor de Candalle.**—Sí se

ñor. He recibido la orden de don Miguel.

**El duque.**—Reuníos a ellos y lanzaos sobre los aventureros, que no esperan nada y que no tienen con ellos a sus jefes. El botín es vuestro.

**Señor de Candalle.**—¡Señor, ahora mismo voy! (Sale).

(El duque sube la escalera, seguido de los cuatro capitanes, a quienes sus gentes rodean por todas partes. Entra en una alta sala y de repente se vuelve).

¡Que arresten a estos traidores y los desarmen!

**Oliverotto.**—¡Ah, bandido! (Los cortesanos se arrojan sobre todos y los sujetan).

**El duque.**—Llevaos a estos hombres a la habitación de al lado y ponedles guardas de vista. Me gustaría saber lo que hace el señor De Candalle.

**Don Miguel.** (En una ventana).

Los aventureros no han resistido el choque. Están derrotados, y los franceses, que están haciendo con ellos una gran carnicería, cometen actos de pillaje en las casas de la ciudad.

**El duque.**—¡Corred y que cuelguen a una docena de esos bárbaros! No quiero saber que nadie hace lo que no ordeno. (Don Miguel sale a toda prisa).

¿Dónde está Michelotto?

**Michelotto** (verdugo). Aquí estoy, señor.

**El duque.**—¿Tienes cuerdas nuevas?

**Michelotto.**—Completamente nuevas; mi hacha, mi cuchilla y mis ayudantes.

**El duque.**—Entra ahí. Te voy a ver operar. Uno tras otro, todos estrangulados. Yo te observaré.

(Michelotto desenrolla sus cuerdas, que lleva enrolladas en la cintura, y entra en la habitación).

¡Vamos, señores, un poco de placer después de tanto dolor!

(Franquea la puerta seguido de su corte; ruidos, gritos espeluznantes; después, el silencio y risas).

## Una página memorable...

(Viene de la página anterior)

los Bentivogli y procurarse el apoyo de los florentinos; y a unos y otros enviaron emisarios, prometiendo auxilio a aquéllos y encareciendo a los otros la conveniencia de unirse contra el común enemigo.

Esta dieta fué inmediatamente famosa en toda Italia; y aquellos pueblos que estaban descontentos de la dominación del duque, entre ellos los de Urbino, pensaron en sacudir su yugo. Estando así suspensos los ánimos, cierto Urbino fué encargado de apode-

rarse del fuerte de San León, lo cual realizó así: Fortificaba el castellano la fortaleza y hacía conducir maderas allí. Los conjurados esperaron que unas gruesas vigas impidieran levantar el puente y entonces se lanzaron al puente y al castillo. Apenas sabida aquella presa, se rebeló todo el país y llamó a su antiguo duque, esperando no tanto en la toma de la fortaleza cuanto en la dieta de Magione, mediante la cual esperaba auxilio. Y no queriendo desaprovechar los conjurados ocasión tan propicia como era la rebelión de Urbino, reunieron gente y avanzaron para apoderarse de cuantos puntos aun ocupaban en el país los del duque, y de nuevo enviaron mensajeros a Florencia para solicitar su apoyo, explicando la rebelión y lo excelente de la coyuntura. Pero los florentinos, por el odio que sentían contra Vitelli y Orsini por diversos motivos, no sólo no acudieron sino que enviaron a Nicolás Maquiavelo, su secretario, a ofrecer al duque auxilio y amparo contra sus nuevos enemigos. Estaba el duque en Imola, temeroso y amilanado, porque de repente y contra cuanto pensaba sus soldados se le rebelaban, y en el momento de estallar la guerra se hallaba desarmado. Animado al ver el apoyo que le prometían los florentinos, decidió emprender la lucha con los pocos recursos de que disponía y preparar alianzas y fuerzas. De dos maneras las procuró: enviando a Francia por gente y tomando a sueldo algunos hombres de armas y a cuantos pudo hallar que fueran buenos jinetes, y a todos daba dinero. Pero entretanto avanzaba el enemigo y llegó a Fosombrone, donde algunos de los del duque oponían resistencia, pero Vitelli y Orsini les derrotaron. Lo cual hizo que el duque procurase atajar la tempestad empleando medios de persuasión. Y siendo hombre muy astuto no perdonó medio para hacerles comprender que andaban equivocados acerca de sus intenciones; que no quería despojarles de sus bienes; que le bastaba con el título de príncipe; pero que el principado era para ellos en realidad. Y tanto dijo y tan persuasivo estuvo, que enviaron al señor de Pagolo a tratar con el duque, y depusieron las armas.

Pero el duque no cesaba en sus preparativos y de continuo recibía infantes y caballos; pero no queriendo que supiera nadie los tales preparativos, enviaba a su gente, por grupos, a todos los pueblos de la Romaña. Habían acudido quinientas lanzas francesas, y aun cuando tenía bastantes fuerzas para poder vencer en guerra abierta a sus enemigos, pensó que era más seguro y útil engañarles y no romper aún el acuerdo a que habían llegado. Y tan bien salieron los planes del duque, que se llegó a una paz, por la cual se otorgaba a los conjurados todos sus antiguos derechos; les dio cuatro mil ducados de regalo; prometió no ofender a los Bentivogli y emparentó con Juan; acordando, además, que no pudiese obligar a los firmantes a comparecer ante su presencia sin que de buena gana consintieran en ello. Por su parte, le prometieron ellos restituirle el ducado de Urbino y las demás plazas ocupadas, servirle en cualquier empresa que intentara y no aliarse ni hacer la guerra civil sin su permiso. Una vez tomado este acuerdo, Guido Ubaldo, duque de Urbino, huyó de nuevo a Venecia, habiendo hecho desmantelar antes todas las fortalezas de su ducado, porque confiaba en el pueblo y no quería que el enemigo las ocupase y mediante ellas sujetara mejor a sus partidarios.

El duque de Valentinois, después de firmar aquella convención y habiendo marchado sus tropas a diversos puntos de la Romaña, a fines de noviembre marchó con las lanzas francesas de Imola a Cesena, a imaginar, con el beneplácito de Vitelli y Orsini, que se hallaban con sus tropas en el ducado de Urbino, nuevas empresas. Y no decidiendo nada, Oliverotto de Fermo se le presentó para decirle que si quería entrar en Toscana estaban prontos a prestarle apoyo, y que de lo contrario, atacarían Sinigallia. A lo cual contestó el duque que no quería atacar Toscana porque era amigo de los florentinos; pero que le parecía bien que atacasen Sinigallia. Y al cabo de unos días llegó un aviso de que la población se había rendido, pero no el fuerte, porque el castillo había dicho que sólo se rendiría al duque y no a otros; por lo cual le rogaban que acudiese. Parecióle la ocasión propicia al duque, ya que no despertaría recelos su llegada siendo llamado por los otros y no acudiendo por propio impulso. Y para mejor asegurar el buen éxito licenció a los franceses, que marcharon a Lombardia, exceptuando las cien lanzas que mandaba el señor de Cindales, su cuñado. Y marchando a mediados de diciembre de Cesena se fué a Fano, donde con toda sagacidad y astucia persuadió a Vitelli y a los Orsini que le aguardasen en Sinigallia, demostrándoles que tal esquividad no podía nacer su alianza ni fiel ni duradera y que era hombre que deseaba poder valerse de las armas y del consejo de los amigos. Y aun cuando Vitelli se mostrara un tanto reacio, porque la muerte de su hermano le enseñó que no se debe ofender a un príncipe y confiar luego en él, persuadido de Pablo Orsini, que había sido ganado por el duque con promesas y regalos, consintió, sin embargo, en esperarlo. Sucedió que el duque, el día antes (que fué el día xxx de diciembre de MDII, que debía marchar de Fano), comunicó su designio a ocho de sus más fieles amigos, entre los cuales se contaban don Miguel y monseñor de Enna, que luego fué cardenal; y les ordenó que tar-

pronto como Vitellozzo, Pablo Orsini, duque de Gravina y Oliverotto de Fermo acudiesen a su encuentro, les pusieran a cada uno entre dos de ellos asegurándose así por medio de gentes fieles de sus enemigos y que les acompañasen hasta Sinigallia, y que no los soltasen hasta haber llegado al alojamiento del duque, donde se les detendría presos. Ordenó después que todas sus tropas, infantes y jinetes, que eran dos mil de éstos y diez mil de aquéllos, le aguardasen al día siguiente por la mañana, a orillas del Metauro (río que está a cinco millas de Fano). Estando, pues, el último de diciembre junto al Metauro con toda su gente, hizo adelantar a unos doscientos jinetes; luego movió la infantería y por fin avanzó en persona con el resto de su gente de armas.

Fano y Sinigallia son dos ciudades de la Marca colocadas a una distancia de quince millas una de otra, a la orilla del Adriático, y en tal disposición que el que va a Sinigallia tiene a mano derecha unas montañas, las cuales corren en algunos puntos tan cercanas al agua, que dejan breve espacio entre ellas y el mar: donde más se apartan, no llega la distancia a dos millas. La ciudad de Sinigallia está a tiro de ballesta de las estribaciones del monte y a una milla escasa del mar. Junto a la población corre un riachuelo que baña sus murallas por el lado opuesto de Fano, según la disposición del camino. Por lo tanto el que llega a Sinigallia pasa largo trecho junto a los montes y llegando al riachuelo que baña la ciudad vuelve a mano izquierda a lo largo de la orilla, y andando un trecho llega a un puente echado sobre el río y está casi a la puerta de Sinigallia, no en línea recta sino transversalmente. Ante la puerta hay un barrio de casas con una plaza, de la que el dique del río forma uno de los lados. Habiendo, pues, dado los Vitelli y los Orsini orden de esperar al duque y honrarlo personalmente, habían retirado sus tropas, para dejar espacio a las ducales, a un castillo apartado seis millas de Sinigallia, y sólo dejaron en la ciudad a Oliverotto con su partido, unos mil infantes y ciento cincuenta caballos, los cuales estaban alojados en el barrio que hemos dicho. Ordenadas así las cosas, el duque de Valentinois fué hacia Sinigallia, y cuando llegaron los primeros caballos al puente no lo pasaron, sino que volviendo grupas formaron una doble fila de jinetes que miraban unos al río y otros al campo; y por el centro pasaba la infantería, que sin detenerse penetraba en la ciudad. Vitellozzo, Pagolo y el duque de Gravina, cabalgando en mulas, salieron al encuentro del duque; y Vitellozzo, desarmado, con una capa forrada de verde, triste como si presintiera la próxima muerte, insiparaba cierta admiración a los que conocían su entereza y su pasada fortuna. Y se dice que cuando dejó a sus tropas para ir a Sinigallia al encuentro del duque, se despidió como si las abandonara para siempre. A los jefes recomendó su casa y su fortuna; a sus sobrinos que se acordasen, no de la fortuna de su casa sino de las virtudes de sus padres.

Llegados, pues, los tres, a presencia del duque, saludaronle con afecto y fueron por él bien acogidos, y en seguida fueron puestos entre aquellos a quienes se confiara tal encargo. Pero viendo el duque que faltaba Oliverotto, el cual quedaba en Sinigallia o esperaba con su gente en la plaza donde estaban alojadas sus tropas, poniéndolas en orden y adiestrándolas, indicó con una mirada a don Miguel, a quien encargara la guarda de Oliverotto, que cuidara de que no escapase. Don Miguel avanzó a caballo, y en llegando junto a Oliverotto le dijo que no era conveniente que tuviese a sus tropas fuera de sus alojamientos, pues corrían riesgo de que se los quitaran las del duque; le aconsejó, pues, que las alojara y que fuese con él a ver al duque. Y habiendo Oliverotto cumplido tales órdenes llegó el duque y le llamó; saludó Oliverotto y siguió a los demás. Una vez entrados en Sinigallia y puesto pie a tierra junto al alojamiento del duque y penetrado con él en una estancia secreta, quedaron presos por orden del duque. El cual montó en seguida a caballo y mandó que fuesen dispersadas las tropas de Oliverotto y de los Orsini. Las de Oliverotto fueron todas desarmadas y despojadas por estar cerca; pero las de Vitelli y Orsini, estando lejos y adivinando la ruina de sus jefes, tuvieron tiempo de reunirse, y recordando el valor y la disciplina de las casas de Orsini y Vitelli, todos unidos se salvaron a pesar de la enemiga del país y de las tropas del duque. Pero las tropas ducales, no contentas con haber saqueado a las de Oliverotto, empezaron el saqueo de Sinigallia, y a no ser porque el duque, castigando de muerte a muchos, reprimió su insolencia, hubieran saqueado la ciudad entera. Llegada la noche y aquietados los tumultos, el duque dió orden de matar a Vitellozzo y Oliverotto, y llevados juntos a un mismo sitio los hizo estrangular. Ninguno mostró la entereza que podía esperarse de su pasada vida; porque Vitellozzo rogó que se suplicase al Papa que concediera indulgencia plenaria a sus pecados; Oliverotto, llorando, achacaba a Vitellozzo toda la culpa de las injurias hechas al duque. A Pagolo y al duque de Gravina Orsini se les dejó la vida, para esperar el duque la noticia de que el Papa hubiese preso en Roma al Cardenal Orsini, al arzobispo de Florencia y a micer Jacobo de Santa Croce. Después de tal noticia, el día xviii de enero, en Castel de la Pieve, fueron igualmente estrangulados.

Encarna María Sklodowska, cuando llega a París, la vocación que dura lo que la vida. Se licencia a los dos años de llegar en Física, y poco después en Matemáticas. Vive pobremente en el sexto piso de una casa del Barrio Latino. "Povertá, gran monarchia", se cantó en tierras solares hace siglos. La pobreza en París no admite requiebros, ni sabe del poseer renunciando, del "disprezzando posedere". Trabaja María en sus horas libres en el laboratorio del profesor Lippmann.

Ella ha contado que luchaba a la vez con la limitación económica y con la salud, "frágil en extremo".

"Venga usted por casa esta tarde—le dice un día un profesor polaco—. Pierre Curie se reúne con nosotros".

Conoce la polaca aquella tarde al químico francés, y es ella quien ha narrado conmovidamente el encuentro:

"Quedé sorprendida por la expresión de su mirada clara y por una ligera apariencia de abandono en su alta estatura. Su palabra, un poco lenta y reflexiva; su simplicidad; su sonrisa, a la vez grave y joven, inspiraban confianza. Hemos hablado y descubierto entre nosotros una afinidad sorprendente en la concepción de las cosas".

Pierre Curie tiene entonces treinta y cinco años, y ha consagrado su vida a la ciencia. Diez años antes escribió en su "Diario" esto que sigue:

"La mujer, más que nosotros, ama la vida para vivir. Las mujeres de genio son raras. Cuando cediendo a un impulso místico nos aventuramos en alguna vía antinatural y damos todos nuestros pensamientos a una obra, tenemos que luchar con las mujeres, y este combate es casi siempre desigual, porque ellas tratan de rescatarnos en nombre de la naturaleza y de la vida".

Hay entre las mujeres criaturas elegidas que con exhalar su alma ya han cumplido. Otras hay que toman sobre sí la obra en que el hombre se justifica, y la preservan de corrupción o la ennoblecen. De éstas es María Sklodowska; pero además trae su mensaje propio y su genio; el químico francés y ella se adivinan en el acto para siempre, y cuando años después se casan, ya han aunado sus sueños científicos. "Je venais—cuenta María Curie— de fondre tous mes rêves en un seul, le rêve scientifique que poursuivi en commun".

Con este sueño científico que acarician juntos, logran olvidar que viven estrechamente, ya que él no gana en la Escuela de Física y Química arriba de seis mil francos anuales.

En 1897 les nace una hija, y hay que "redoblar—esta vez es Curie quien lo declara—el esfuerzo".

La esposa va más horas al laboratorio y prepara su tesis del doctorado, que versa sobre la radio-actividad.

Henri Becquerel ha descubierto ya que los cuerpos que contienen uranio emiten una radiación continua como la de la descarga eléctrica en un tubo de Crookes. La señora Curie va más allá y descubre que otro cuerpo, el "thorium", posee propiedad análoga. Continuando

## Madame Curie

= De El Sol. Madrid =



Madame Curie

sus experiencias, se cerciora de que ciertos minerales emiten rayos más intensos aún que el uranio y el "thorium". Esto le lleva a admitir la hipótesis de un elemento radio-activo nuevo. Se vaticina en el mundo del saber químico una verdadera epifanía. Pierre Curie deja de lado todas sus tareas para secundar las de su esposa.

"Nunca se habrá trabajado—refiere ella—ni con fe más viva, ni con entusiasmo más puro".

Meses después, el doble afán es recompensado, y el matrimonio establece la presencia en los minerales tratados de dos cuerpos radio-activos, a los que da los nombres de "polonium" y de "radium". Pero falta por intentar una empresa de tal aliento que nadie enuncia sin aludir al mito o al milagro. Hay que aislar el "radium", lo que no se logrará sino tratando toneladas de mineral. Necesitan los esposos, ante todo, sitio y dinero para que hagan, así y todo, mucho más de lo que pueden. La Escuela de Física y Química les cede un hangar con techado de vidrio que deja pasar el aire y la lluvia. En esta barraca ha de ser, gracias al fervor heroico de los Curie, logrado uno de los descubrimientos más preciosos de la Historia.

Día a día, durante dos años, los esposos, que viven para desvivirse, comienzan con tenacidad increíble un trabajo que los agota, mas para el que se rehacen casi sobrehumanamente.

Madame Curie, recordando estas jornadas, escribe:

"Nuestro tiempo transcurría en el laboratorio, y muchas veces teníamos que almorzar muy frugalmente dentro de él, como dos estudiantes. Reinaba un gran sosiego en nuestro hangar destartelado. Vivíamos con una preocupación única, casi como en un sueño". Y más tarde: "Me vi alguna vez obligada a tratar has-

ta veinte kilos de materia a la vez, lo que tenía por efecto llenar nuestra barraca de grandes vasos con precipitados y líquidos. Era un trabajo extenuante el de transportar los recipientes, trasvasar los líquidos y remover durante horas y horas, por medio de una vara de hierro, la masa en ebullición sobre una bañera".

En 1902, la victoria sonríe a los químicos, que obtienen un decígramo de cloruro de "radium".

Escribe la señora de Curie una Memoria en la que demuestra que el "radium", en estado puro, posee una radio-actividad un millón de veces más intensa que el uranio, a expensas del cual se forma. Esta emisión de rayos dotados de propiedades extraordinarias no es sino energía "libertada por la lenta destrucción de los átomos del "radium".

"Descubrimiento fabuloso—, escribe otra mujer: Marcelle Coppy—el de un cuerpo que se destruye radiando. La concepción científica del mundo había cambiado. Quedaba establecido para lo futuro que los átomos, elementos de la materia a los que se creía hasta entonces irreducibles, eran mundos en movimiento, sujetos a transformaciones que implicaban fenómenos formidables".

Advierten los químicos desde el primer momento que investigan con absoluto desinterés, y renuncian a toda compensación de orden económico que de las "utilizaciones del descubrimiento" pueden seguirse.

En 1905, Pierre Curie es nombrado profesor de La Sorbona, de París, y su mujer, jefe de trabajos. Les ha sido discernido ya el premio Nobel, y dicen sencillamente: "No pedíamos tanto".

Meses más tarde sobreviene el suceso que corta la vida de Pierre Curie. La hora temida de la separación ha sonado.

En los primeros meses de matrimonio, el sabio había escrito a su esposa:

"Ocurra lo que ocurra, y aunque hayamos de ser uno de los dos como un cuerpo sin alma, habrá que seguir trabajando. Continuar es preciso, pese a todo".

¡Continuar! Es lo que ella hará, y cuán noblemente. Sustituye al difunto en la Facultad de Ciencias, y es ella la primera mujer en Francia que desempeña tan alta función universitaria. Sí; continúa sola la obra creada en común.

Durante la guerra, la señora de Curie, venciendo su enfermedad, se multiplica en los hospitales y dirige los servicios radiológicos, a los que tanto bien se debe.

En tanto la curiterapia extiende sus beneficios por el mundo, la insigne dama se prohíbe el descanso. Se fundan bajo sus auspicios el Instituto de Radium, de la Universidad de París; el Instituto de Varsovia y otros más.

En esta continuidad le ha encontrado la muerte, y ahora será una de sus hijas, agregada de ciencias físicas y matemáticas—la otra es músico—, la que ordene algunos papeles científicos de su madre.

Admirable familia, a la que puede decirse que cuando uno de sus miembros se va, Europa vale un poco menos.

# El hombre en Wells

Por OGIER PRETECEILLE

= De Residencia. Madrid, julio de 1952 =

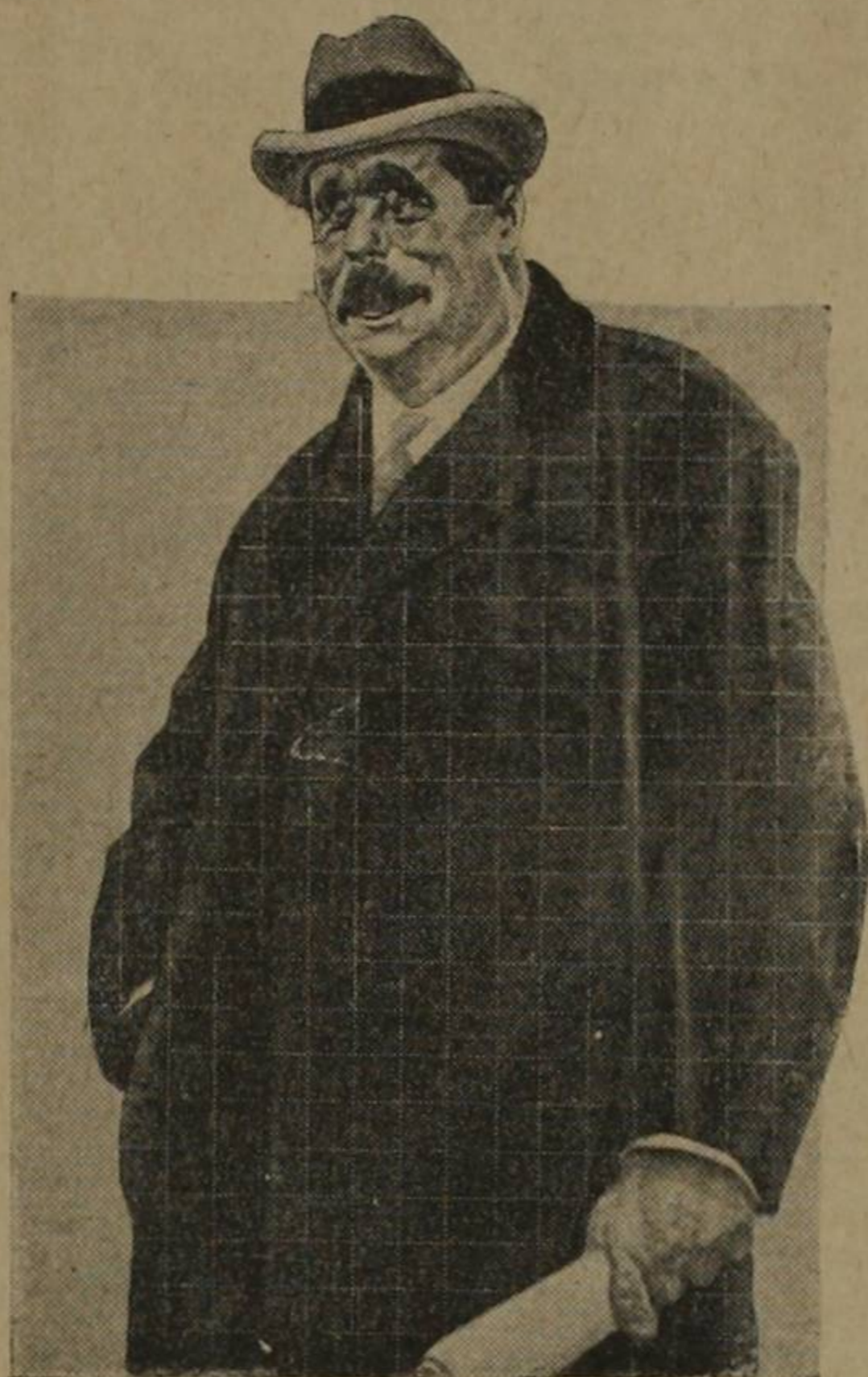
Hay comparaciones no ya odiosas, sino ociosas. Ocioso fuera comparar aquí a Herbert George Wells con George Bernard Shaw; mas no implica comparación alguna el sentar esta afirmación casi trivial por lo obvia: que ambos son los escritores contemporáneos de lengua inglesa cuya fama es más universal, y que, de los dos, Wells tiene probablemente el público más extendido por el orbe.

La enorme difusión de los escritos de Wells se presta, naturalmente, a múltiples comentarios y explicaciones. Yo ofrezco ésta: se debe, sobre todas otras características, a la calidad esencialmente "humana" que la inspira, que la "permea" toda, a través de sus muchas facetas. En esa obra, dilatada, monumental, hay muchos Wells. Cada lector halla el suyo, un reflejo de su propia inquietud o de sus inclinaciones temperamentales. La corriente ideológica se mantiene en toda ella la misma. Y una misma pasión inteligente y constructiva por el "hombre", elemento central y coronamiento del magno edificio, fluye en cada uno de esos sesenta libros: ficción y fantasías satíricas, anticipaciones y ensayos sociológicos, novela pura y obras didácticas de la envergadura del "Esquema de la Historia" o de la "Ciencia de la Vida".

A Wells no se le podrá reprochar, como a tantos otros escritores de nuestro tiempo, el haber buscado el refugio, la huida, la evasión en cualquiera de los cauces que la literatura y otras formas de expresión artística abren al hombre descontento de la sociedad en que vive, pero carente de valor para luchar por su transformación.

Cuando Wells ha querido evadirse de la realidad ha llevado consigo sus ansias de reformador. Sus anticipaciones no sólo brindan campo ancho y libre a la fantasía creadora: fustigan lo caduco e indican una meta. A los cansados de la cotidiana pelea por un pan inseguro, y a los soñadores de justicia, enseña un camino de perfección que les aleja del "vía crucis". Ni siquiera ha intentado la fuga en el humorismo: cauce tentador para el artista sensible. Hay en el mundo demasiada pena amasada con demasiada sangre. A los problemas de ese mundo en brega constante ha ido Wells muy derecho, y se ha enfrentado con ellos, los ha atacado de mil maneras, con una sinceridad y una honradez que no abundan.

No es que Wells fuera incapaz de humorismo, según creen o afectan creer pedantes que le encasillan queriendo ignorar, o ignorando sin querer, la diversidad y el conjunto de su obra. Desde su primer libro, en 1895, hasta el último publicado hace unas semanas, ha sembrado a lo largo de una producción



Mr. H. G. Wells

Caricatura de García Cabral

## La autobiografía de H. C. Wells

Por LUIS CALVO

= De El Sol. Madrid =

He tenido una breve conversación con el autor de "Kipps" acerca de su próximo volumen, "Experiment in autobiography". La vida de Wells, como la de casi todos los grandes autodidactos, tiene mucho de novela, y todas las buenas novelas han tenido siempre mucho de autobiografía.

—Es el libro que he escrito con más gozo volviendo a vivir mi pasado y aquellos días felices en que, por un verdadero milagro, me libré de la miseria y de la desesperación.

Los periódicos ingleses y norteamericanos han iniciado ya la especulación en torno a la nueva obra de Wells, que es, desde hace muchos años, el escritor de lengua inglesa más leído y más copiosamente admirado. Tiene sesenta y siete de edad: veintiocho de vida oscura y angustiosa y treinta y nueve de trabajos y desenvoltura. En el mismo punto en que empezó—1895—su carrera literaria empezó su renombre. Y en Inglaterra, al renombre sigue como corolario el auge económico. Wells ha sido además toda su vida un trabajador incansable. Y afortunado. El más afortunado y prolífico de este triunvirato de rebeldes del noventa: Shaw, Chéster-ton, Wells: G. B. S., G. K. C., H. G. W. De Wells escribió Shaw que era el niño mimado de su generación ("a spoiled child"). Parece que el triunfo no ha podido resistir nunca las acometidas de su voluntad. Su padre, que era un jugador profesional de "cricket", del condado de Kent, granero de Inglaterra y patria de H. G., lo colocó en Londres, de niño, como dependiente de comercio o recadero de oficina. En Londres adquirió entonces Wells ese tonillo "cockney" que aun

(Pasa a la página 123)

ininterrumpida páginas en que el humor asoma con refrescante sonrisa. Verdad es que la sonrisa no dura; rara vez se mantiene en la extensión de un libro, ni siquiera de un capítulo. (Kipps, Mr. Polly, Bealby, son excepciones tan felizmente logradas, que bien puede lamentarse esa fugacidad de la sonrisa well-siana). Mas ¿vivimos una época en que la sonrisa pueda prodigarse? Una realidad brutal a menudo, amarga o sórdida, un tenso e intenso esfuerzo hacia el devenir, la borran pronto.

De ahí que la sonrisa en Wells sólo sea un respiro. La ironía, una forma corriente de expresión. La sátira, un arma natural. Y la fantasía, claro está, no es la de Paul Morand.

Un ejemplo entre los menos leídos. Cierta vez, a principios de la guerra (los de esta generación por ella maltrecha decimos "la" guerra, sin precisar fecha, y todos nos entienden), Wells se disfrazó de Reginald Bliss para emprender una excursión en el campo de la fantasía satírica. Y escribió "Boon". Sátira literaria casi exclusivamente al comienzo. Pero mediado el libro se le frunció el ceño. La guerra era cosa real, no literaria, tremendamente real y sucia, y sangrienta, y dolorosa. La evasión fácil o ficticia que otros cultivaban con ardor la rehuyó Wells. En un diálogo que ya desdeñaba la sátira enfrentó a las dos conclusiones que por aquellos días asomaban en los observadores atentos del "frente casero":

Hacer es siempre destruir—alega Wilkings—. Observe ya la nueva gravedad en el rostro de las gentes, la generosidad que surge, la pacificación de mil querellas mezquinas...

(Acento y germen de los sofismas que arrastraron luego, que siguen arrastrando hoy, en desesperada obsecación, a miles de jóvenes en Europa y en el mundo; justificación retórica de la codicia brutal; disfraz de la violencia estéril o huera con grandilocuencias de propósito; adornado todo ello con las fascas en simbolismo de guardarropía).

"Boon"—Wells rechaza el sofisma. Replica evocando el lodo y la sangre, el fuego y la destrucción ciega, la bestialidad al por mayor.

—La única cosa decente que nosotros los hombres que nos quedamos en casa, sentados al calor del hogar, podemos hacer, es poner de relieve con insistencia ese lado atroz de la guerra, todos esos horrores, y esforzarnos en todo lo poco que está a nuestro alcance para que nunca jamás pueda volver a ocurrir "eso".

Si los hombres de la generación de Wells hubieran pensado y sentido como él, comprendido y previsto como él, con esa claridad, no habría hoy entre esa

generación y la nuestra ese enorme foso lleno de sangre, tan difícil de salvar.

Hace poco más de tres años escribí en un diario madrileño un trabajo titulado "H. G. Wells, o el optimismo", del que me permitiré copiar aquí unos párrafos porque reflejan una opinión que sigo creyendo ajustada a la verdad, y que habría de repetir en forma análoga:

"Todo cuanto en el mundo es capaz de poner en movimiento esa máquina enorme y asombrosa que es la mente de Wells—y saben los dioses si hay temas susceptibles de despertar su interés—pasa por el tamiz de su vigilancia reformadora. Apasionado constructor, como un demiurgo amasa y modela el barro de nuestra realidad para devolvérselo transfigurado en la creación de su generoso ensueño. Su sátira sólo es amarga en la medida en que lo es el objeto satirizado: error, ignorancia, estupidez, injusticia, vicio, mentira, hipocresía. Mas, junto con la caricatura, nos ofrece—sobre todo en sus libros más recientes—algún boceto ideal de lo que todo ello podría ser. De lo que debería ser. Parábolas del evangelio optimista, según Heriberto Wells.

"Quien así se indigna, quien fustiga lo presente para realizar lo por venir, es porque tiene fe, esperanza y caridad. Pese a aquellas anticipaciones que proyectaban una sombría visión de la Humanidad futura. Podrá parecer una paradoja; pero a medida que algunas de sus amargas predicciones iban plasmándose en trágica realidad—véase 1914-18, guerra "científica", y aun ciertos aspectos de la lucha de clases: los problemas planteados por la actual (en pleno desarrollo todavía) revolución rusa—, Wells afirmaba más y más su tierna confianza en una regeneración de la especie.

"...Para entretener la crítica de lo actual y la predicación que muestra el camino de la reforma, se necesita un gran artista. Naturalmente, surge aquí la pregunta tantas veces formulada: ¿Es Wells, en verdad, un artista?

"Cuentan que Robert Ross tenía un cuaderno en el cual coleccionaba confesiones literarias. La primera pregunta que contenía era la siguiente: "¿Quién fué el mayor genio desprovisto de estilo?" Wells contestó: "Dios". Elizabeth Bibesco, al recordar la anécdota, dice que Dios creó, evidentemente, a Wells a su imagen y semejanza. Hablamos antes de demiurgo: el mundo plasmado por Wells tiene—también—turbulencia caótica. Choca con muchas reglas y cánones literarios. No cabe en los casilleros de la preceptiva tradicional. Y para no pocos estetas o estetizantes, acomodaticios con un "orden" social que Wells llama desorden, trata a duros golpes, y contra el cual se declara en "conspiración abierta", lo más cómodo es decretar que el autor de "Kipps" no es un artista".

Pues bien: "Kipps" es una obra maestra, una de las varias obras maestras de Wells. Creo que puede afirmarse esto

## J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

ABOGADO

SAN JOSE, COSTA RICA

OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa

TELEFONOS:

OFICINA No. 5726 — HABITACION No. 5135

sin énfasis alguno. Una obra maestra, huelga recordarlo, no es necesariamente una obra perfecta. A veces la perfección se aviene mal con el calor y la emoción humana. Pero huelga recordar también las cualidades esenciales que concurren en una obra maestra.

A mi entender poseen estas altísimas cualidades y ese rango, cuando menos: el "Esquema de la Historia" (1), con la "Breve historia del mundo" y la "Ciencia de la Vida", en el terreno de las obras didácticas. "El hombre invisible", en el de la ficción fantástica. "Kipps", en el campo de la novela pura. Y esta obrita maestra del "tract", del folleto político-social, escrito para la propaganda fabiana, y que alcanza un blanco mucho más amplio, mucho más alto que el fabianismo: "Esta miseria de las botas", modelo del género, pocas veces igualado.

Vuelvo con esto a la afirmación que encabeza estas líneas. El sentido hondamente humano en la obra de Wells constituye a la vez su gran fuerza de difusión y su aportación mejor a la literatura universal. Wells es hombre en expresión máxima y nada humano le es ajeno. Sufre con la pena de las multitudes y con el dolor del individuo. Le sublevan las injusticias. (Firmó hace poco la protesta internacional por la sentencia de muerte pronunciada contra

(1) Del «Esquema de la Historia» obra capital, pese a todas las críticas y aun a sus inevitables deficiencias posibles, existe una magnífica versión española, hecha por Ricardo Baeza y Enrique Díez Canedo, y de excelente presentación material. (Editorial Atenea). Asimismo la «Ciencia de la Vida», escrita por H. G. Wells, en colaboración con Julián Herxley y G. P. Wells, ha sido vertida al castellano (Edit. Aguilar) con acierto y editada en forma que tal vez supere a la propia edición original.

los siete muchachos, negros del Alabama, víctimas del odio de razas más aún que de un "error" judicial patente). Le indigna que un caos cruel y un despilfarro insensato existan allí donde pudiera reinar un orden inteligente.

En el múltiple terreno de la moral práctica y trascendente, social, sexual y afectiva, de la economía, de la ciencia, de las ideas y de los sentimientos, Wells anhela, y no platónicamente, un mundo mejor. Busca e indica un camino común para hacerlo a nuestra medida. No un mundo en abstracto: un mundo más habitable para sus moradores. Donde con máxima amplitud pueda desarrollarse la personalidad humana.

Dos de sus últimas obras: "Conspiración abierta" y "El trabajo, la riqueza y el bienestar de la Humanidad" (2) condensan y expresan con extraordinaria fuerza: la primera, "las ideas esenciales de su vida, la perspectiva de su modo"; la segunda, "la anatomía de la civilización capitalista y el plan de la civilización que podemos hacer, basado en la mutua y exacta relación de cada hombre con cada otro ser humano". El designio era ambicioso; nadie como Wells hubiera podido realizarlo con tanta fuerza concentrada y convincentemente expresiva.

Como conclusión a su artículo bibliográfico en la última "Britannica", Gerald Gould expresó este juicio sobre H. G. Wells: "Tiene los defectos de sus cualidades: su rapidez de juicio implica impaciencia ante la lentitud del desenvolvimiento democrático; la fuerza de su convicción personal entraña impaciencia para con las convicciones ajenas".

Acaso esta similitud de cualidades y defectos entre Wells y la generación actual explique mejor que nada por qué este escritor de sesenta y cinco años sigue siendo tan "joven", está tan cerca de nosotros; por qué su voz resuena con acento tan familiar y despierta tanto eco, acaso más que ningún otro de su generación. Es que a los hombres de hoy se nos ha acabado la resignación y se nos acaba también la paciencia.

2) Edit. Aguilar.

## JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Montley, New York)

JOHN M. KEITH,  
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,  
Socio Gerente.

# A mi turpial

— Envío del autor. Wash., D. C. —

Al Dr. Don Eduardo Uribe R.

Clarín sonoro de mi hogar tranquilo;  
Allá en los bosques de caldeada tierra  
Meció tu nido brisa de los Andes;  
La misma brisa que el clarín de guerra  
Llevara entre sus pliegues, de los grandes  
Libertadores que la cima hollaron  
Y en los riscos su sangre derramaron!

Naciste en la Goajira, en donde el indio  
Guarda su prole con valiente celo,  
Donde el condor a sus hijuelos cría,  
Donde ejercita su pujante vuelo  
Sorprendiendo el nacer del nuevo día,  
Donde se oyen del puma los rugidos  
Y del jilguero se oyen los gemidos.

Tu flauta de cristal, todos los días,  
La diana toca que al trabajo llama;  
Y los arpegios de tu pico brotan  
Haciéndome dejar la blanda cama  
Donde reparo fuerzas que se agotan;  
Y torno a mi labor con tus cantares,  
Libre el alma de quejas y pesares.

Diestra mano de un indio pajarero  
De tu nido te hurtó, tierno polluelo,  
Y entre jaula de tora y caña brava  
Lloraste tu orfandad y desconsuelo  
Con la turba de pájaros esclava;  
Y aprendiste a contar tus hondas penas  
Con notas de cristal de llanto llenas.

Hoy saltas entre rejas esmaltadas;  
Tu apetito voraz calmas sin freno;  
Recibes de mi mano la caricia;  
Tienes un amo compasivo y bueno  
Que a tu canto y beldad hace justicia;  
Y sin embargo sigues suspirando  
Y cuando trinas, sé que estás llorando!

Es que te falta tu Goajira amada,  
Tu sol, tu fuente, tu nativo cielo,  
La plácida quietud de tus montañas;  
Es que quisieras remontar el vuelo  
Y en tu nido dormir, de hojas y cañas,  
Y sentir a tu lado, bajo el ala,  
Tu compañera, la gentil turpiala!

Yo bien quisiera abrirte tus prisiones,  
Darte la libertad que tanto ansías,  
Pero estás en la zona de los hielos  
Y en este suelo al punto morirías  
Sin colmar tu ambición y tus anhelos;  
Somos tú y yo, dos seres que lloramos  
Por la patria lejana que adoramos!

Ten paciencia, turpial; Dios nos ampara;  
Ya volveremos a la tierra amada,  
Ya dormiremos en su blando suelo!  
Qué importa, si al final de la jornada  
Tus trinos y mis voces bajo el cielo  
De la patria querida al fin lanzamos  
Y henchidos de placer, ya no lloramos!

MAGON

## La autobiografía...

(Viene de la página 121)

...anima su dicción, aguda y chillona como la de Mickey Mouse, dicción de niño prodigio y voluntarioso. Se hizo maestro hurtando tiempo al ocio y al descanso; abandonó la tienda y se puso a escribir... Infatigablemente. Se puso a escribir novelas, utopías, sociologías, filosofías, historias, profecías. Desde que su nombre apareció impreso en los periódicos fué Wells un "spoiled child", en cuya órbita rebullían satélites semiformes y devotos. Se hizo fabiano con Bernard Shaw, y sus veleidades cambiaron el curso de aquella candida institución de los años felices del 90. Renunció al socialismo y se volvió a los liberales. Repudió a los liberales y se hizo socialista independiente. Ha perseverado en una sola creencia: la República. "Soy el único verdadero republicano de Inglaterra", suele decir con festiva jactancia. Escritor no sólo fecundo, sino disertor, en varias disciplinas rígidas de cultura literaria y científica. Y gran escritor. Y uno de los grandes novelistas que aun quedan velando a la noble tradición de la novela popular e intelectual. Con una cierta gracia irónica de estilo terso y anécdota viva, y una densa visión catastrófica y mesiánica del mundo desarticulado de nuestros días.

—¿Le ha costado a usted mucho trabajo ir, no a la busca del tiempo perdido, sino del tiempo conquistado?

—No. Ha sido una maravillosa aventura. Merced a una serie de circunstancias felices, mi labor resultó sencillísima. Yo escribí de chico muchas cartas, dirigidas a amigos y a compañeros de escuela y Universidad. Estas cartas se conservan. Y con ellas se conservan también infinidad de dibujos muy malos, muy torpes, pero útiles al propósito de ir recordando ahora a mis amistades de entonces y las anécdotas esenciales de mi vida.

—¿Dibuja usted, Mr. Wells?

—Ya lo verá usted en el libro. Dibujo muy mal. Yo no he estudiado nunca dibujo. Pero desde chico, y durante treinta años, he estado coleccionado los episodios de mi vida en una especie de "diario" de dibujos. A mi mujer le divertían mucho. Desde 1894 hasta el año último, en que ella murió, nuestros amigos, nuestras visitas, nuestras ideas, nuestros viajes, toda nuestra vida, se halla en esos dibujos. Al repasarlos se me presenta en la imaginación la atmósfera del pasado. Por eso me ha sido tan fácil la autobiografía. Como he dicho ya, son dibujos figurativos y simbólicos. Yo soy el inventor de mi propia escuela.

—Recuerdo, Mr. Wells, el amargo comentario que puso usted a unas palabras de Charlie Chaplin, en 1922, me parece, cuando Charlie vino a Londres, tras una ausencia de diez años, y se encontró con unos londinenses tristes y preocupados, que habían perdido el gusto por la vida y por la bagatela. Y usted decía: "¡Qué feliz y ligero año de 1898!" ¿Hay algo de ese mundo exterior y de ese contraste de realidades en su autobiografía?

**OCTAVIO JIMENEZ A.**

Abogado y Notario

**OFICINA:**

50 varas Oeste de la Tesorería  
de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

—Todo. Todo es eso. Si mi libro no es un libro de psicología personal y social, sino una revisión del mundo que yo he conocido... He vivido los cambios más extraordinarios en la vida de Inglaterra. Figúrese usted: yo nací en 1866 y entonces eran muy pocos los que sabían leer y escribir. La influencia del ferrocarril y del telégrafo no había acarreado sus naturales efectos. Los países se ignoraban unos a otros. El Japón era algo tan remoto y extraño, que casi no creía la gente en su existencia efectiva. He vivido toda la guerra, que nos ha traído unas experiencias económicas incalculables y unas consecuencias de tal magnitud que han cambiado la vida en todos los órdenes. La biografía de un hombre que conoce por experiencia directa todos estos episodios no podía ser un recuento de fechas particulares.

—Sin embargo, su propia vida es tan típica de nuestros tiempos... ¿No tiene algo también de representativa?

—Yo no soy quién para juzgarla. Revisando los documentos del pasado me he encontrado con mi infancia y mi adolescencia, y de ellas parto, para concluir en el día de hoy. La parte más interesante de una vida es la primera mitad, naturalmente. Todo lo que aprendemos y adquirimos data de entonces. El resto no es sino trabajo, realización. Barrie dice que, en realidad, no nos ocurre nada después de los nuevos años. Yo llego un poco más lejos: a los treinta. Después de los treinta, a mí no me ha ocurrido nada. Mi autobiografía no es tampoco una colección de anécdotas; se lo he dicho a los periodistas que han venido a visitarme. Que no me pidan anécdotas. He escrito la historia de mi desarrollo intelectual. Mis maestros del Real Colegio de Ciencias, mis mismos días de maestro, cuando yo daba conferencias y tenía la avidez de saber; lo que aprendí cuando enseñaba, mis principios de escritor y la manera como aprendí a escribir; Bernard Shaw, Gissing, Henry Webbs, Henry James... esa es la parte de mi libro que más me ha gustado escribir y la única cosa interesante de mi vida. Mis treinta años... Cuando yo tenía treinta años me reunía continuamente con Conrad y Bennett. Comentábamos todas las cosas, discursábamos, discutíamos... La vida era entonces nueva...

El libro de Wells se va a publicar primero en varios periódicos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Sus dimensiones serán análogas a las de "The shape of the things to come", con muchedumbre de grabados.

—Y ahora dígame: ¿qué pasa en España? Es uno de los países que más me interesan... "La rebelión de las masas", de Ortega y Gasset, me parece una obra fundamental. Tienen ustedes un grupo de intelectuales de primer orden: Unamuno, Pérez de Ayala, que es muy amigo mío; Ortega y Gasset, amigo mío también; Alberto Jiménez...

Y como a esta enumeración siguiera una detallada referencia y un juicio cabal de personas y cosas, me di cuenta de que Wells no hablaba por mera cortesía, y que su conocimiento de España era tan denso en la sustancia como chispeante de episodios accidentales.

—Pero, por favor, si usted va a escribir algo sobre mí, deje mi política a un lado. Y no publique usted ninguna entrevista. Lo que más aborrezco en el mundo es un entrevistador...

—¿Más que a Carlos V y a Napoleón?

—Muchísimo más. Hacen más daño. Porque si dicen lo que usted no ha dicho, malo; pero si dicen lo que usted ha dicho, entonces es peor...

# Estampas

## El Estado es una necesidad y no una dramaturgia

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración =

En la lectura del agrio Carlyle entona su espíritu el preocupado por la multitud de problemas que traen a la vida los tiempos nuevos. Mi Tomás Carlyle, diría don Miguel de Unamuno como dice: mi Soeren Kierkegard. Nosotros hablamos simplemente de Carlyle. Lo leemos y nos da fe cuando precisa luchar. Ahora, por ejemplo, nos detenemos en este pasaje suyo: "Tan pronto como el Estado cierre esa terrible cloaca del Pauperismo, que asfixiará al mundo si no es combatido, el Estado verá que sus funciones reales son en verdad muy diferentes de lo que se había supuesto durante mucho tiempo. El Estado es una realidad y no una dramaturgia; está ahí para hacer la existencia posible, deseable y noble a los súbditos del Estado". Carlyle, a nuestro juicio, nos da el concepto nuevo del Estado, o al menos un concepto que está de acuerdo con las ideas nuevas que penetran los tiempos nuevos. Estos son tiempos nuevos y los viven generaciones que deben sentir en su espíritu el poder de las ideas. El Estado tiene funciones grandes y en la cuestión social es probablemente en donde está el núcleo mayor de ellas. Pero el Estado es obra de los hombres que lo sirven. De modo que si esos hombres no sienten la luz nueva y siguen viendo con los ojos gastados lo que exige otra pupila, la obra será miserable.

Hay los que quieren dar al Estado una intervención sofocadora en los problemas sociales. Son los tiranizados por las tradiciones. Y las tradiciones son siempre las rutinas. Contra esos empequeñecedores debemos estar. No es negando al Estado la participación pronta en cada problema, una participación de acuerdo con las ideas nuevas, como puede darse al Estado la función directriz que tiene. Carlyle pedía para el Estado que vió en su tiempo, en la Inglaterra de sus días, una participación resuelta en uno de los más enormes problemas sociales. Quería que el Estado pusiera fin al pauperismo. No pidió bala para el desheredado. Este recurso abominable sólo cabe en el retardado para quien el Estado es dramaturgia y no realidad. Acabar con el pauperismo que envenena. El problema es antiguo y los espíritus de mayor claridad y visión han sentido que es problema que el Estado tiene que resolver con inteligencia, con sabiduría. Los estertores de ese Pauperismo son grandes. Todos los pueblos del mundo los sienten. Y allí en donde priva el tipo de hombre sin visión el Estado se convierte en azote del desheredado. Pero si es hombre en cuya mente las ideas de los tiempos nuevos trabajan con provecho, el Estado adquiere la inmensa capacidad de transformar el problema en algo sin complicaciones.

No es posible sustraerse a las necesidades que los tiempos nuevos traen consigo. Lo natural es aceptarlas y ponerse en trato con ellas. Reñir locamente y con soberbia para sofocarlas es no resolver, es posponer, es abrir nuevos abismos. Y son muchas las necesidades que vienen precipitadas buscando al hombre para arrebatarlo, para hacerlo miserable si no las entiende, para darle liberación si es comprensivo. El eterno problema de los que tienen y de los que no tienen agita de modo terrible la mente del hombre que sirve al Estado. Ahora la lucha adquiere fiereza no conocida. El dolor ha trabajado hondo el corazón del hombre y lo ha vuelto duro y agresivo. A la violencia no la teme con ese pavor que antiguamente lo quebrantaba y lo volvía más siervo y más miserable. Oponer violencia tan combativa como la que se le opone por el Estado que sirve a las grandes organizaciones capitalistas. El choque tiene que resultar espantoso, pero es choque sin triunfo para el Estado.

De modo que los problemas sociales no se tratan allí en donde el hombre anhela encauzarlos inteligentemente más que con inteligencia y visión. Sofocarlos es fácil, pero eso no es darles trato que los plantee en un plano de solución cierta. Cada problema hace pensar en las fuerzas que lo han suscitado. Porque no nacen solos los problemas de carácter social ni problema alguno. Las organizaciones capitalistas constituidas exclusivamente para sacar del bien explotado inmensos rendimientos son en su mayoría las que traen a los pueblos los más delicados problemas de orden social. Busque cada uno de los países con problemas más graves la organización que aparece suscitándolos y encontrará en seguida, o que es la compañía que acapara tierras, o la que monopoliza la

electricidad, o los medios de transporte, o la banca, a la que tiene que culpar del crimen.

Nuestros países son el ejemplo vivo de un continente en donde los problemas de carácter social y económico han nacido exclusivamente de la intervención de la plutocracia imperialista. La tierra es acaparada desde tiempos pasados y con ella reduce el acaparador a la miseria a grandes poblaciones. La tierra la necesita el imperialismo para plantaciones que surtan mercados agrícolas o industriales. Si determinado cultivo logra abrir mercado, la tierra que lo produce entra en bloques inmensos al dominio de la compañía imperialista. Y así la electricidad. Las necesidades del hombre van haciendo de la electricidad algo imprescindible. El imperialismo explotador lo adivinó y se echó sobre el continente a monopolizar esa electricidad. Y monopolizándola ha impuesto el precio fenicio. El resultado es que el hombre de esta América nuestra tiene que pagar caro la electricidad que puede consumir. Y se privará en lo futuro de usar más electricidad porque el monopolio del imperialismo la ha vuelto prohibitiva. Tierra y electricidad son dos ejemplos claros de lo que es la organización imperialista metida dentro de la vida de estos países. Poblaciones sin tierra laborable, poblaciones sin electricidad. En suma, poblaciones acosadas por dos fuerzas tremendas que las obligan a estallar. Poblaciones vasallas de compañías sin entrañas que vieron el negocio fenicio y con él el modo fácil de estar sumisas al mandato de la plutocracia imperialista.

Por estar el Estado servido por hombres sin previsión, o por hombres sumisos a las fuerzas conquistadoras pudieron éstas convertir en factoría a una patria. No hizo el Estado lo que debía hacer cuando la compañía rapaz cercó y cercó tierras para imponer el cultivo de su elección. No hizo tampoco lo que debía hacer cuando otra compañía sombriá acaparó la electricidad y medios de generarla. Con no hacer nada el Estado, los monopolios quedaron impues-

## GRANJA SAN ISIDRO

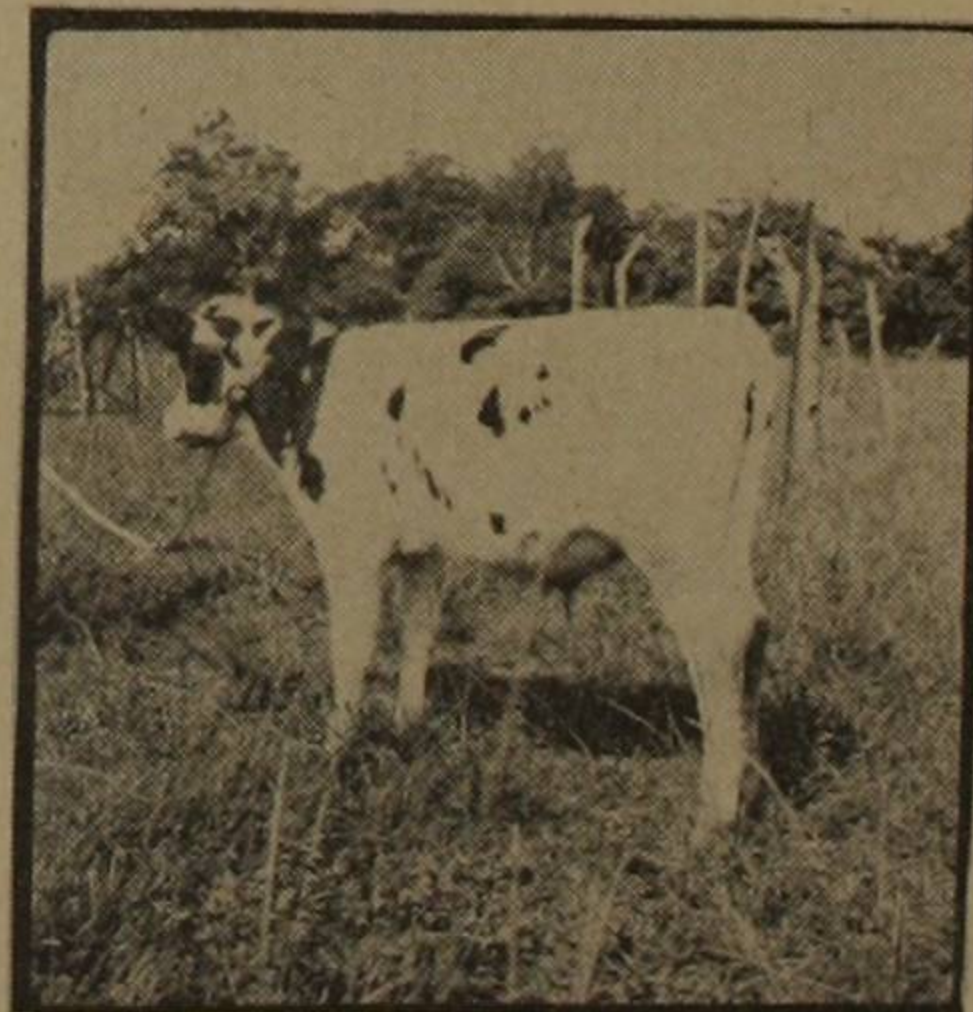
MAX JIMÉNEZ

CORONADO - COSTA RICA

Hijo del campeón de Kentucky, Sir Inca May, y una vaca importada, hija de la campeona del Estado de New York.

Inmune a la fiebre de garra-patas.

PRECIO: \$ 100 (U. S. A.)



TRIUNE VALENTINE INKA MAY

tos agresivamente. Y esos monopolios aplicar su explotación inicua. Las poblaciones sienten lo terrible de la agresión. Entonces se sofocan y estallan. Crean problemas para el Estado. Y el Estado que no atendió antes el problema del latifundio y el problema del monopolio se encuentra con problemas grandes de carácter social que son hijos de su imprevisión.

¿Y por qué son hijos de imprevisión puede tratarlos sin inteligencia? Esto quieren los ciegos, esto quieren los que consideran a las organizaciones de la plutocracia imperialista como agentes civilización con privilegios para hacer lo que quieran de un país. Pero no es eso lo que queremos quienes al mal le buscamos soluciones ciertas. No es eso lo que quiere el lector de un espíritu tan penetrante como Carlyle. El Puperismo que Carlyle vió devorando al mundo es consecuencia hoy de estas organizaciones imperialistas echadas sobre los países para explotarlos. De suerte que si él quiso un Estado inteligente que resolviera el terrible problema, no otra cosa debemos querer en nuestros tiempos.

El Estado no puede ya ser indiferente a la queja del hombre, del súbdito, que diría Carlyle. Esa queja se manifiesta desde que el súbdito combate a la organización capitalista que se mueve en su voracidad para acaparar tierras, electricidad, rutas aéreas, medios de transporte, aguas, industrias. ¿Por qué el Estado es indiferente a la palabra acusadora del súbdito contra la compañía que pide contrato exclusivamente para sacar inmensos rendimientos sin mejorar en nada la condición de los súbditos de ese Estado? ¿Por qué ese Es-

tado acepta las imposiciones de la compañía? Al Estado debe exigírsele responsabilidad. Los súbditos deben exigirle responsabilidad al Estado. No es natural que haya hombre que haga del Estado juguete de sus miserables desig-nios, de sus impúdicas especulaciones. Porque toda combinación sombría hecha por los hombres que sirven directamente al Estado es pronto germen de problemas de orden social. La contratación con la compañía poderosa en la cual se abandona al súbdito a la incontrollada voracidad de la compañía, es crimen cuyas consecuencias pesarán hondo en la vida libre de un país.

Y si es crimen motivado por la imprevisión del Estado ¿cómo va el Estado a oponer medios de destrucción de los súbditos en lugar de soluciones inteligentes cada vez que surgen problemas de carácter social? ¿Si el Estado es una realidad no tiene sino que obrar como realidad. Pero los que lo tienen como una dramaturgia le señalan una escena de miseria que lo desnaturaliza.

Queremos hombres de visión para el Estado mientras el Estado tenga supremacía sobre sus súbditos. Es la única forma de evitar que las grandes compañías de la plutocracia imperialista nos aplasten y nos creen esos terribles problemas de carácter social que vamos afrontando. Es la única forma de que no se desoiga la voz de los súbditos del Estado que condenan las contrataciones con esas compañías rapaces. Es la única forma de lograr que se resuelvan con inteligencia todos los problemas de orden social que los tiempos nuevos van trayendo con sus inmensas complicaciones a los pueblos.

obra de Wyld Ospina, leemos con ese sano reposo con que se leen ciertas páginas del Tácito, estas palabras del libro, ciertamente de un valor narrativo antiguo—cosa que da la sensación de un lejano pasado:—“Hizo llamar y recibió a un sacerdote, el señor García, cura del Sagrario; encargó que no se le embalsamase; que nadie, fuera de su familia, lo tocara ya muerto, y que su cuerpo se envolviese en una amplia pijama de seda, preparada por él de antemano y que acaso hiciera el papel de la toga de César, evitándole, en el instante supremo, la presencia de Bruto...”

“No agonizó. A las cuatro menos cuarto de la mañana del 24 sobrevinole un síncope. Lanzó tres quejidos fuertes... y expiró”.

¿Qué había en este hombre? ¿Había orgullo varonil? ¿Había desprecio sumo por todos sus cortesanos, los que le rodearon fielmente y le sonrieron en la hora de los crímenes y ahora le abandonaban en la hora de la justicia suprema? Había un sentido estético del destino: se envolvió en una amplia pijama de seda para yacer en el sepulcro como un César. No podemos menos de recordar, ante esta especie de suntuosa preparación para morir, los versos de Gray: “The boast of heraldry, the pomp of power... Await alike the inevitable hour”. Pero la comedia cabe también como final espectáculo de todo un período fastuoso de ostentación y de imperio.

Pero no me avengo con la idea de que el régimen de gobierno de Estrada Cabrera en Guatemala sea una autocracia. Una autocracia puede tener un sentido institucional. Cabe pensar en una autocracia en Rusia. Una autocracia inteligentemente ejercida puede tener cierta deslumbrante grandeza. En nuestras viciosas e imperfectas democracias de América, el gobernante al estilo de Estrada Cabrera nunca es grande aún cuando sea temible. No es un autócrata, y esto es lo que da a esas insoportables situaciones un carácter dantesco de demencia casi siempre sangrienta. No gobiernan como autócratas. Gobiernan con un congreso, con una corte de justicia, con Jefes Políticos, con un ministerio y aparentan sujetarse, en sus resoluciones, a las reglas de una constitución política. Se hacen elegir por el pueblo; se hacen reelegir también por el pueblo, y hablan al mundo en nombre de un pueblo hipotético. Es verdad, congresos, corte, ministerio, etc., etc., todo se reduce a un plan de gobierno en donde el Jefe es todo, y en donde todo vive por el aliento vitalizador del Jefe. En-

## El autócrata

Por ROMULO TOVAR

= Colaboración =

*El Autócrata.* Ensayo político-social. Por Carlos Wyld Ospina. Guatemala. 1929.

Como lo indica el título de la obra, el escritor guatemalteco intenta estudiar el sistema de gobierno tradicional en su país con un doble criterio político y sociológico. Cuando se lee el libro se cree estar a cien años de distancia. Uno piensa: “aquello fué”. El escritor Wyld Ospina es valeroso en sus juicios. ¿Se le ha perdonado ese valor porque sus juicios son independientes y ajenos a un interés de bandería? ¿O se le han perdonado porque los ha emitido en un momento de conmoción pública? En todo caso, Cabrera ha muerto. El autor ha sabido, con una habilidad, más bien de novelista que de historiador, imprimirnos la sensación de la muerte de Estrada Cabrera. Empezamos por aquí, por una necesidad psíquica. Sólo con un espíritu sereno se puede juzgar a este hombre grandemente nefasto y demoníaco. Hemos vivido su horror desde niños; hemos sentido su trágica presen-

cia; nos hemos llenado de esperanza cuando se hacía un heroico intento de ponerle fin a su largo drama de sangre y de oprobio y se nos ha deshecho en dolor incurable nuestra alma cuando veíamos caer a los valientes en el patíbulo o acostumbrarse a casi olvidar la patria en un angustioso destierro; y los que cayeron en el patíbulo eran jóvenes o caballeros, y quienes fueron al destierro fueron hombres buenos. Por eso, antes de iniciarnos en el análisis de la



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

**Zapatillas, Carrioles, Etc.,**

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del **SISTEMA "GADI"** de la casa norteamericana **The Gadi Co.**

TELEFONO No. 3736 **VICTOR CORDERO & Cía.** SAN JOSE, C. R.

tonces es que hay que ver todo lo que es esto en la realidad; mientras el Jefe vive, todos le pertenecen. Wyld Ospina, penetrante y entero en sus apreciaciones históricas, define esta situación con agudeza acusatoria. Le interesa exhibir a la generación de hombres que rodeó al Presidente, que le acompañó en su obra, que medró al amparo suyo y que en el momento de las desgracias lo dejaron solo corrompiéndose en una prisión más que de sus propias dolencias, del asco que sentía por todos estos hombres a quienes él dió fortuna y prestigios. El escritor cuenta estos dos hechos: "Cuando su hijo Francisco Estrada Ocampo murió, el desfile cubría el perímetro de la misma avenida (la 6ª avenida), con los concurrentes alineados de ocho en fondo y trajeados de etiqueta..." Alguien dijo en aquella ocasión, en forma pública: "Paco baja a la tumba en brazos de la nación entera". El otro hecho es este: "Cuando los hijos del preso se presentaron a la Asamblea pidiendo que este alto cuerpo exhortase a los tribunales de justicia a resolver, favorable o desfavorablemente, en las causas criminales incoadas contra su padre, la Asamblea, no obstante que estaba integrada por gran número de antiguos cabreristas de tomo y lomo, echó a la canasta la solicitud, obediendo la consigna del nuevo patrón".

Todo cede en estos gobiernos de Furias y Demencias, al espectáculo de la cortesanía. Tal vez el pensamiento del gobernante se ilumina inesperadamente por una idea directriz, en este caso la Unión Centroamericana; pero la cortesanía es una dolencia que disuelve los mejores impulsos. El gobernante tiene el oficio de cuidar de su palacio. Allí está su propia tragedia. Todos le protestan devoción; todos le sirven; todos le admiran, y todos desean su muerte: Estrada Cabrera sabía que todos deseaban su muerte. Un día está enfermo el Presidente, de enfermedad mortal. Entran sus "amigos" y le exponen con "sutiles miramientos", el problema de la sucesión presidencial. "Estrada Cabrera se incorporó a medias, y con voz iracunda increpó a sus visitantes:—Todavía me resta vida para enterrarlos a todos ustedes". La cortesanía es lo que hace grandes a estos hombres, providenciales e inmortales. Ellos se sienten divos, como el César. El mal de los nuestros es tener que buscar sus celestiales antecesores entre las siniestras divinidades de nuestras selvas primitivas. Los otros se emparentaban con los dioses de la luz o de la victoria. Los nuestros tienen por padres a los dioses que presiden los sangrientos sacrificios. No es Votan el Dios de ellos. Por eso el régimen de estos personajes taciturnos, sombríos y altaneros, se revela más por las desgracias que por fastuosas victorias. Son incapaces de asir de las alas a la divina Victoria. Las suyas se marcan por el número de revoluciones que debelan y por el número de víctimas que envían al patíbulo, sea de una manera

sumaria o sea en virtud de un cuidadoso expediente. Estrada Cabrera usaba los dos procedimientos y era lujoso, particularmente, en confeccionar el expediente. El podía aguardarse: podía aguardarse hasta un año, con su víctima en la prisión, antes de proceder a consumir el sacrificio. Y tenía la dolorosa sensación de lo que esto significa, pues cuando a él le tocó en suerte el expediente, agitaba la opinión pública, acosaba a los tribunales para que le resolvieran pronto. Era abogado. Y creó—como herencia de sus procedimientos—el sentido jurídico del Bajo Imperio. Todo por leyes, nada por virtud intrínseca. Cuando desapareció Estrada Cabrera, al fin se esfumó su sombra en los abismos de la eternidad, entonces los guatemaltecos se apresuraron a hacer una nueva constitución para la República. Llevados por el ardor de una vana esperanza de salvación hicieron constar en ella el principio de no reforma de la constitución durante diez años. Es el inmenso error de nuestras repúblicas. Haber creado el sentido religioso de las constituciones antes de fundamentar en la conciencia y en los hábitos el sentido del gobierno humano.

Por eso dice el autor, al final de uno de sus capítulos y después de hacer el resumen de las consecuencias del despotismo, esto es más claro que autocracia: "Los absolutismos estériles no tienen ni esa consagración sentimental. No sólo dejan ruinas materiales como los otros, sino el yermo moral de los espíritus, donde crecen rastreras plantas políticas, prontas a reverdecer en nuevos despotismos".

El autor nos revela, entre otras co-

sas interesantes, la situación psicológica del Presidente Cabrera, la palabra se prestó para bautizar el régimen intencionalmente, cabrerismo, cosa casi plebeya y ruin y oscura, en sus relaciones con los extranjeros, sobre todo con los Estados Unidos. Cabrera no disimulaba que toda su confianza tenía por fundamento la creencia de que los Estados Unidos lo mantenían en el poder, y de que caería irremediablemente cuando le faltara ese apoyo. Por eso, cuando se convenció de que los yanquis ya no eran sus amigos y prudentemente negociaban con sus enemigos, para preparar la sucesión presidencial, el presidente exclamó iracundo: "Son cosas de los conservadores, de acuerdo con ese viejo papo del ministro americano".

Repleto de anécdotas que revelan el temperamento del gobernante de pleno tipo indígena, de anécdotas que descubren las úlceras de los peores círculos de gobierno y de anécdotas y expresiones que salvan, a veces, la civilidad guatemalteca para combatir el error de los que a espaldas de una filosofía política comodiosa dicen siempre que todo pueblo tiene el gobierno que se merece, en lenguaje de historiador y de sociólogo y a veces de psicólogo perspicaz, el libro de Wyld Ospina, nos ofrece un raro documento de literatura guatemalteca, acaso inspirado en el sano deseo de despertar el alma de la tribu hacia el sentido de la justicia y del decoro en el gobierno, mientras aparece el alba con su gloria de oro como canta Darío.

Costa Rica, agosto de 1934.

Hágase de *El Autócrata*. Con el Adm. del Rep. Am. lo consigue. Precio: ₡ 4.00.

## Poesías inéditas

Por HERNAN ZAMORA ELIZONDO

= Envío del autor.—Heredia, Costa Rica =

### PLENITUD

Fiesta de la Madre en la Escuela Normal de Costa Rica 1934.

Para ti las frescas rosas,  
las rosas más purpurinas,  
porque tus manos preciosas  
se hacen dignas de las rosas  
arrancando las espinas.

Y para tí, los luceros  
bajen y tejan tu alfombra,  
porque tus ojos sinceros  
han ganado los luceros  
iluminando la sombra.

Para ti la clara fuente,  
clara como tu presencia,  
porque el universo siente  
que tu espíritu y la fuente  
son la misma transparencia.

Y para tí los panales  
que como tú son dulzura,  
porque al disipar los males  
has prodigado panales  
y recogido amargas.

Madre que oíste el clamor  
del arcángel San Gabriel,  
y que has encontrado miel

en lo que otros creen dolor,  
hay en tu faz el fulgor  
de una anunciación divina,  
porque en tu faz se adivina  
que al mandato del Señor,  
más que en tu carne, germina  
en tu espíritu el amor.

Un hombre parte a la guerra,  
otro va a la tierra amiga,  
la tierra brinda una espiga  
y el hombre se da a la tierra;

uno busca las estrellas  
y otro las perlas del mar,  
uno las hace bajar  
y otro retorna con ellas.

Todos, siguiendo su anhelo,  
se alejaron de sí mismos,  
unos hallaron abismos  
y otros hallaron un cielo.

Sola tú, sola creatura  
que encuentra en sí su destino.  
Eres la luz y el camino.  
eres el ala y la altura;  
por eso cuando te augura  
Dios tu sagrado atributo,  
en el divino minuto

cobra tu amor maternal  
la plenitud sideral  
en que madura tu fruto.

Madre que meces la cuna,  
madre que brindas el seno,  
en tu semblante sereno  
hay claridades de luna,  
claridad como ninguna,  
lumbre que del cielo mana,  
lumbre que pone su grana  
sobre la carne sedosa  
para convertir en rosa  
la naturaleza humana.

Sintió la sed el viajero  
y se le brindó la fuente,  
otro no halló la corriente,  
pero encontró el datilero;

aquel de la frente cana  
halló en la espiga un tesoro  
y este de los bucles de oro,  
la pulpa de la manzana.

Siempre fué duro el trabajo,  
de la cumbre a la llanura;  
la fruta queda en la altura,  
la fuente corre allá abajo.

Sólo en ti siempre se abriga  
la plenitud extrahumana:  
eres dátil y manzana,  
eres la fuente y la espiga;  
eres la dádiva amiga  
en que Dios se muestra pleno,  
y Dios, que siempre fué bueno,  
para colmar sus virtudes,  
llenó con sus plenitudes  
la turgencia de tu seno.

**ANSIAS AMOROSAS**

Vientecillo suave, pasa por donde ella  
ya que tanto gustas de besar estrellas.

Leve vientecillo, llévale rocío;  
tómalo, si quieres, de los ojos míos.

Llévale perfumes de las flores blancas  
que a lluvia de lágrimas florece mi alma

Los pétalos secos que en su losa quedan  
puedes sustituirlos por mis rosas nuevas.

Vientecillo suave, pasa por donde ella  
ya que tanto gustas de besar estrellas;  
ella que pasaba como pasas tú,  
así como pasan los rayos de luz...

Vientecillo alegre, tú que entre las rosas  
jugabas con ella de que ella era rosa,  
tú que le ponías flores en las manos,  
en los ojos flores, flores en los labios;  
tú que penetrabas hasta sus entrañas  
y te arrodillabas delante de su alma,  
pasa entre las piedras con que la cubrieron,  
que yo, por hacerlo, quisiera ser viento

**LA CARRETA**

Estriada de leña,  
sobre el empedrado,  
pasa la carreta  
tartamudeando,

y los cuatro cuernos  
embisten delante  
la altanera capa  
que tiende el celaje.

Pereza de horario  
detiene las ruedas,  
pesantez de plomo  
sobre el yugo pende,

hay cuatro pezuñas  
que marcan el paso  
y dos dentaduras  
ansiosas de pasto.

Humo de tortillas  
sobre los braseros  
pica las narices  
del joven boyero.

Muy de vez en cuando  
se acorta la senda  
que se va arrollando  
sobre las dos ruedas,

y, la guiya al hombro,  
se mueve el boyero

con aire de amigo  
que va en un entierro

De pronto: —¿Por cuánto  
me deja la leña?  
—¿Qué dice?

—¡Jesús!

¿Qué en cuanto la vende?  
—Va de encargo, niña,  
¡Gui, buey!

Y traquean.

los pesados goznes  
de dos osamentas

**Libros y Autores**

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los autores y de las Casas editoriales)

Una novela venezolana que nos ha gustado mucho:

*La guaricha*, por Julián Padrón. Ilustraciones de Francisco Naryáez. Editorial «Elite». Caracas. 1934.

Con el autor: Norte 2, No. 6. Caracas. Venezuela.

Señalemos este libro útil:

*Obras desconocidas de Rubén Darío*. Escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros. Edición recogida por Raúl Silva Castro y precedida de un estudio. Prensas de la Universidad de Chile.

Un poeta nuevo:

Pablo Antonio Cuadra, de Granada, Nicaragua. En *Poemas de Nicaragua*. 1930-1933; sacados por la «Editorial Nascimento», de Santiago de Chile.

Por la editorial ESPASA-CALPE, de Madrid:

Arturo Capdevila: *Tierra mía*. Buenos Aires y las catorce provincias argentinas: la tierra y su alma.

Javier de Ortueta: *Notas de caza de aves en Castilla*. Fanfarria en tono menor

Manuel Martínez Feduchi: *Panislamismo*. (Estudios sobre el Islam y la posible política imperialista).

También remitidos por ESPASA-CALPE S. A., Madrid:

Aristóteles: *Obras Completas*. XII: *Generación de los animales*. Preparada y traducida por Francisco Gallach Palés.

Leibniz: *Pensamientos*. Arreglo y versión española de Vital C. Lleó y Amargós.

Juan Donoso Cortés: *Pensamientos*. Selección y prólogo de M. Fernández Nuñez.

Tomos LXXI, LXXII y LXXIII de la *Nueva Biblioteca Filosófica*.

Los últimas ediciones de ESPASA-CALPE, Madrid:

Pío Baroja: *Siluetas románticas* y otras historias de pillos y de estravagantes.

Oswald Spengler: *Años decisivos*. Primera parte. Alemania y la evolución histórica universal. Versión del alemán por Luis López Ballesteros.

Manuel Azaña: *En el poder y en la oposición (1932-1934)*. Dos tomos de discursos políticos.

Concha Espina: *La flor de ayer*. Novela

Luis Bermúdez de Castro: *Bobes o el león de los llanos*.

Tomo N.º 42 de la notable serie *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*.

Julio Camba: *Haciendo de república*.

Por ESPASA-CALPE también, en la preciosa «Colección Universal»:

Sir Walter Scott: *Quintín Durward*. En tres tomos. La traducción del inglés ha sido hecha por M. T. de Llanos.

Carlos Dickens: Los tomos IV a VII, y último, de *Martín Chuzzlewit*. La traducción del inglés ha sido hecha por José Méndez Herrera.

Envío de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala:

*Verdadera y notable relación del descubrimiento y conquista de La Nueva España y Guatemala*, escrita por el Capitán Bernal Díaz del Castillo en el siglo XVI.

Vols. X y XI de la notable Biblioteca GOATEMALA, dirigida por el Licdo. J. Antonio Villacorta C. Guatemala, Centro América. 1933.

La edición se ha hecho conforme al manuscrito original que se guarda en el Archivo de la Municipalidad de Guatemala.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

**Cansancio mental**  
**Neurastenia**  
**Surmenage**  
**Fatiga general**

son las dolencias que se curan rápidamente con

**KINOCOLA**

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

**“presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente”**

## PARABIENES

# A Lorenzo Ribber, sobre una epístola de Horacio

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

— De *El Sol*, Madrid —

Parta hacia usted un elogio por su glosa catalana del latín de la "Epístola séptima" de Horacio. La amistad canta en ella con acentos que usted traslada patriciamente a su idioma. ¡La amistad! Que es un privilegio y un vínculo celeste lo dicen con palabras no distintas el Poliziano del "Orfeo" y el Montaigne de los mensajes a La Boetie. Ella no es, Ribber, sino para pocos, y escoge todavía entre la prez de esos pocos, que no siempre fundan linaje. Sólo entre hombres a quienes el saber sitúa en todos los países y en todos los tiempos que la Historia juzga habitables reina la amistad. Hemos cantado los límites, y decimos que el beso en las cadenas es lo que las hace saltar. La amistad, empero, gusta de descorrer horizontes y de mirar más alto cada vez, y cada vez más lejos. Es bueno encadenarse; pero nunca a la circunstancia, que nacida apenas, ya ha muerto. Dos amigos, cuando departen, son grandes señores por encima de las cosas. No es menester siquiera—no lo es siempre al menos—que dialoguen para entregarse el alma. El pudor vigila, y el "ánimum equum" horaciano, el corazón razonable, acompasa la confianza. Pero además les basta una reflexión, o un aforismo, o una referencia para ver la propia intimidad a sus pies. Se otea desde la altura el paisaje moral que es el fondo de nuestra vida. Se avizora, sí, desde la eminencia todo el campo de nuestro anhelo. ¡Allí!... Y la pasión que la palabra va reprimiendo se convierte en teoría. Descubre la amistad, Ribber, quien no se si-



Horacio

De un medallón de bronce de la época de Constantino

(Biblioteca Nacional, París)

túa sobre su destino; la deshonra quien la alega para su medro. Horacio, en más de una epístola a Mecenas, le está pidiendo a la amistad dones excelsos. En esa epístola séptima del libro primero que usted glosa, nuestro poeta pone sobre la protección que recibe la dignidad en la alternativa amistosa. El había dicho en la sátira cuarta del libro primero:

Nil ego contulerim jocunda sanus amico.

Y lo había dicho detrás de versos en que la resonancia onomástica nos puebla el oído de ecos de voces amadas:

Plotius et Varius Sinuessæ Virgiliusque,  
occurrunt animæ quales neque candidiones  
terra tulit, neque quis me sit devinctior alter.

O sea: "Plotius, Varius, Virgilio, los corazones más puros que haya conducido la tierra, los hombres a que estoy más estrechamente ligado". Pero es, Ribber, como usted advierte, en la epístola séptima del libro primero, cuando Horacio ataja la impaciencia vidriosa de su protector. Cuando Cayo Clinio, a quien la largueza horada la mano, como cumple a su abolengo—"Mecenas atavis edite regibus"—, transfiere a Horacio una quinta. El poeta no sabe cómo dar las gracias. "Satis superque me benignitas tua ditavit". "Bastante, y aun por ventura demasiado rico me ha tu liberalidad hecho". Horacio se va a fines de julio al campo para cinco días, según promete a su protector; pero el campo es ya para el poeta propiedad y no paisaje, y en el deliquio de poseer olvida

la noción del tiempo. Como deja que agosto vaya quemando uno a uno sus días, Mecenas insinúa a Horacio que esperaba de él gratitud más diligente. A esta insinuación responde la epístola séptima, que, como usted, Lorenzo Ribber, escribe, es una maravilla de habilidad y de tacto. Traduce usted por cierto al catalán algunos versos de la carta y vierte en él del latín, como de una copa a otra copa, la música embriagante de números y cadencias.

No cambia Horacio, y se lo advierte a Mecenas, su libertad por las tierras de Arabia.— "Nec otia divitiis arabum liberima muto."— Y este grito a la sordina nos aligera hasta los lectores de la epístola del agobio de una protección que muestra demasiado. "Hemos de confesar—dice usted—que los poetas de las promociones siguientes, y sobre todo Ovidio y nuestro Marcial, que vivirá por sus sales, pero no por el incienso vil que quemó en las aras de Domiciano, no sabrán imitar este ejemplo lleno de dignidad".

Si decae la integridad horaciana que palpita en más de un pasaje de la epístola séptima, decaen también los estilos del mecenazgo, y hay protectores que envilecen la largueza tanto como nuestro Marcial la gratitud. Pero suspendemos este mensaje, que es el primero de otros que partirán hacia autores de páginas que nos aleccionen o nos deleiten. Admirar, reconocer grandes aciertos aquí o allí: ¿hay algo en este mundo. Lorenzo Ribber, que mantenga mejor nuestra concordia con la vida?

## INDICE



### ENTERESE Y ESCOJA:

Henrik Ibsen: <i>Juan Gabriel Borkmann</i> , Novela.....	0.75
Lamartine: <i>Las confidencias</i> , 2 tomos...	1.50
A. de Lamartine: <i>Rafael</i> , Páginas de los veinte años. Novela.....	1.00
A. de Musset: <i>Confesión de un hijo del siglo</i> , Novela.....	1.50
Enrique Sienkiewicz: <i>En vano</i> , Novela.....	1.00
C. F. Hebbel: <i>Los Nibelungos</i> , (Tragedia alemana en tres partes.) 2 tomos.....	1.50
J. E. Hartzenbusch: <i>Cuentos</i> .....	1.25
Jenofonte: <i>La expedición de los diez mil</i> , (Anabais) 2 tomos.....	1.50
Francisco de Rojas: <i>Del Rey abajo, ninguno, el Labrador más honrado García del Castañar</i> , Comedia.....	0.75
La Rochefoucauld: <i>Memorias</i> .....	1.00
Bulwer Lytton: <i>Los últimos días de Pompeya</i> , Novela.....	1.50

Solicítelos al Admor. del *Rep. Am.*

## INDICE:



### ENTERESE Y ESCOJA

E. Y. J. Concourt: <i>Renata Mauperin</i> , Pasta.....	2.75
L. Sterne: <i>Viaje sentimental</i> , Novela.....	0.75
Sainte-Beuve: <i>Voluptuosidad</i> , Novela, 2 tomos.....	1.75
Nicolás Maquiavelo: <i>El Príncipe</i> .....	0.50
Manuel y Antonio Machado: <i>Dichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel</i> .....	1.00
Fray Luis de León: <i>De los nombres de Cristo</i> , 2 tomos.....	2.00
Lope de Vega: <i>Fuente Ovejuna</i> , Comedia.....	1.00
Lope de Vega: <i>La estrella de Sevilla</i> ...	1.00
Lope de Vega: <i>Peribáñez y el comendador de Ocaña</i> , Tragicomedia.....	1.00
Fray Lope de Vega Carpio: <i>La Dorotea</i> , Acción en prosa, 2 tomos.....	2.00
Leonidas Zurov: <i>El cadate</i> .....	1.00
Claude Tillier: <i>Mi tío Benjamín</i> , Novela.....	1.00
Stendal: <i>Rojo y Negro</i> , Novela, 2 tomos.....	2.50
W. M. Thackeray: <i>Compañeras del hombre</i> , Tres novelas.....	1.00

Solicítelos al Adm. del *Rep. Am.*